

El hombre que no podía mentir

Ana María Shua



loqueleo



www.loqueleo.com

© 2020, ANA MARÍA SHUA

© De esta edición:

2020, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5916-7

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: febrero de 2020

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE - MARÍA CRISTINA PRUZZO

Ilustraciones: RODRIGO LUJÁN

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Shua, Ana María

El hombre que no podía mentir / Ana María Shua ; ilustrado por Rodrigo Luján. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2020.

184 p. : il. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-46-5916-7

1. Literatura Argentina. 2. Historia Argentina para Niños. 3. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Luján, Rodrigo, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 7.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE FEBRERO DE 2020 EN TRIÑANES GRÁFICA S.A.,
CHARLONE 971, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El hombre que no podía mentir

Ana María Shua

Ilustraciones de Rodrigo Luján

loqueleo

Así empezó todo

La casa era una triste ruina. Magalí miró a su alrededor, vio los pisos de baldosas rotas, las gruesas puertas de madera apolillada, las paredes descascaradas, las molduras de los techos destruidas... y suspiró de pura felicidad. Era una ruina pero ¡era suya! Y de sus padres, claro. Pero un poquito más suya, porque ella la había elegido.

Magalí era una arquitecta joven y no había comprado la casa porque sí. Se había dado cuenta de que esa construcción, que parecía una ruina, en realidad estaba hecha de materiales nobles y duraderos. Alguna vez había sido una casa muy linda y muy lujosa. Con todos sus ahorros, más la ayuda de sus padres, más la herencia de una tía abuela que había vivido en Estados Unidos, consiguió comprar esa casa viejísima, en un barrio alejado y no muy bueno pero con posibilidades de mejorar. Le quedaba

suficiente dinero como para restaurarla y convertirla otra vez en la mansión que debió ser alguna vez. Después podría venderla con mucha ganancia.

Dejó en el suelo del salón su *laptop* y las bolsas de muestras. Magalí siempre andaba cargando muestras: de cerámicas, de telas, de mármoles, de revestimientos, de maderas, para que sus clientes pudieran elegir. ¡Ay, estaba tan harta de algunos clientes! Cambiaban de idea a cada rato, nunca estaban satisfechos, se tomaban su tiempo para tomar decisiones y así las obras siempre tardaban un poco más de lo calculado. ¡Qué bueno poder hacer un trabajo como este para ella misma, sin que nadie la volviera loca con idas y vueltas! Y también, qué responsabilidad...

Una vez más recorrió la casa imaginando cómo quedaría todo después de la remodelación. En el sótano volvió a encontrarse con el viejo baúl de madera y metal y pensó que era el momento de abrirlo y revisarlo a fondo. A los dueños anteriores no les interesaba en absoluto.

—¿Puedo quedarme con el baúl? —les había preguntado.

—Por supuesto —le contestó la señora—. Ahí no hay más que basura vieja.

Fuera como fuera, el baúl mismo era genial, pensó Magalí. Una vez que le quitara el moho, bien limpio y lustrado, podría ser parte del equipamiento de la casa. Ya lo había abierto una vez, no estaba cerrado con llave. Pero ahora, con un poco de tiempo libre, se dedicaría a mirar lo que había adentro.

En primer lugar, cubriendo todo lo demás, había una prenda de encaje que alguna vez había sido un bellísimo vestido de fiesta. Era largo, con mucho vuelo y estaba muy arruinado, con manchas, agujereado por las polillas. Debajo del vestido encontró un pantalón de montar antiguo, un par de botas de cuero un poco mohosas y un juego de cucharitas ennegrecidas que no debían de ser de plata porque se las hubieran llevado. También había un libro con las páginas pegoteadas, el retrato de una señora anciana, gordita y elegante, en su bonito marco... y un montón de papeles escritos a mano de los dos lados. Estaban metidos en una carpeta y se los veía tan ajados y amarillentos que Magalí tuvo miedo de que se deshicieran al tocarlos. Le daba mucha curiosidad saber lo que decían. Pero para poder leerlos, iba a tener que llamar a su amiga Clara.

Clara era historiadora y trabajaba en el Archivo General de la Nación. Unos días después se encontraron en la casa vieja. Cuando abrieron el baúl y vio lo que contenía, a Clara le empezaron a temblar las manos.

—Pe... pe... pero esto... ¡Esto es increíble! No te imaginás lo que significa esto para nosotros... ¡Es un material valiosísimo!

—¿Será para tanto?

—Magalí, muchas gracias por llamarme. Fue muy honesto de tu parte. ¡Un coleccionista podría pagar una fortuna por este material!

—Pero ¿qué es?

—Todavía no sabemos, pero sí te puedo asegurar que estos papeles son muy antiguos, no tienen menos de doscientos años. Voy a traer una caja especial para llevármelos.

—No me animé a tocarlos...

—Hiciste muy bien.

—¡Pero me encantaría saber lo que dicen!

—Gracias a vos, estos papeles van a estar en el Archivo General de la Nación, para que todos los puedan leer. ¿Sabés qué? A medida que los vayan restaurando, les voy a sacar fotos con el celu y te las mando. Te lo merecés.

—¿Y no los va a arruinar sacarles fotos?

—Lo que puede dañarlos es el *flash*, pero si uso luz natural, con mucho cuidado de que no le dé directamente...

Clara se llevó los papeles y comenzó la tarea. Mientras Magalí iba arreglando la casa, los especialistas del Archivo General de la Nación restauraban los textos. Era un trabajo muy artesanal. Primero había que limpiarlos, porque los papeles antiguos suelen tener bichos, hongos, pulgas, que podrían “contagiar” a los otros documentos archivados. Después, tocándolos con pinzas especiales o con las manos enguantadas, los trabajaron con pinceles y con distintos tipos de pegamentos, arreglando las roturas con papel de arroz. Después los metieron en unos sobres de polipropileno vegetal, una especie de plástico pero más poroso. Y recién ahí, a medida que terminaban con cada hoja, les tomaban fotos sobre una mesa de vidrio, con una cámara especial y con lámparas en las cuatro esquinas, para que la luz no les diera encima y no hubiera sombra.

En esa etapa, tal como se lo había prometido a su amiga, Clara tomaba fotos con su celular y se las mandaba a Magalí. Para enorme sorpresa de las

dos, se encontraron con algo totalmente inesperado: una biografía de Manuel Belgrano escrita por una vecina, amiga de la familia. Magalí nunca se había imaginado que un documento histórico pudiera ser tan entretenido.



Sobre la vida del general don Manuel Belgrano, el hombre que no podía mentir

Por doña Paula Trinidad Caunedo de Rojas

1820

Mis queridos nietos, aunque algunos de ustedes todavía sean pequeños para leer este relato, sé que tarde o temprano lo tendrán en sus manos y se los dedico, porque ustedes son nuestro futuro.

Estoy indignada, y más que indignada. Estoy triste y furiosa al mismo tiempo. Hoy he leído en el periódico *El Despertador* una nota sobre la muerte de Manuel Belgrano. Que falleció hace ya cinco días. ¡Pasaron cinco días antes de que alguien se acordara de mi pobre amigo, que lo dio todo por su patria! Castañeda, el editor del periódico, escribió estos versos que expresan muy bien lo que yo misma sentí:

*Porque es un deshonor a nuestro suelo,
es una ingratitud que clama al cielo,
el triste funeral, pobre y sombrío
que se hizo en una iglesia junto al río
en esta ciudad, al ciudadano
ilustre general Manuel Belgrano.*

Pensar que nació en una familia tan rica como fueron los Belgrano y al final no tenía dinero ni siquiera para pagarle a su médico, el buen doctor Redhead, que lo acompañó hasta el final. Tuvo que darle su reloj de oro, lo único de algún valor que le quedaba, ese reloj de bolsillo que le había regalado el mismísimo rey de Inglaterra. Vi cómo el doctor trataba de rechazarlo, pero incluso en el estado de debilidad en que estaba, Manuel era tan terco que no hubo manera. Se lo puso en la mano.

—Lo guardaré toda mi vida —dijo el médico, con su acento escocés—. Mis hijos, mis nietos, mis bisnietos se sentirán orgullosos de tener en la familia el recuerdo de un héroe.

Manuel ni contestó. Con un gesto apenas, le dio a entender que no dijera tonterías. Ya no tenía fuerzas para discutir. Estaba tan hinchado, pobrecito, que casi no se lo reconocía.

Nos dejó en un día terrible para nuestro país. ¡Para las Provincias Desunidas! El 20 de junio tuvimos tres gobernadores en Buenos Aires: subía uno, bajaba otro, intervino el Cabildo... qué locura. Tres gobernadores en la ciudad y ningún gobierno para la nación. No había nada que Manuel detestara

más que el desorden y la anarquía, y eso es lo que estamos viviendo hoy... Con su hermana Juana y el doctor nos pusimos de acuerdo en decirles a todos que las últimas palabras de Manuel fueron: "Ay, patria mía". Lo que dijo en realidad fue: "Un poco de agua, por favor". Pero todos sabíamos lo que sufría por su país. Si no fueron sus últimas palabras, fueron las que nos repitió tantas veces.

¡No puedo soportar la idea de que se olvide a Manuel Belgrano! Me resulta intolerable pensar que en unos cuantos años ya nadie recordará su patriotismo, su honestidad, su inteligencia, su cultura, su lucha por tener una patria fuerte, independiente, unida. Justo lo contrario de lo que estamos viviendo hoy... Aunque no sea más que una mujer, me he propuesto escribir todo lo que sé y todo lo que pueda averiguar sobre su vida, sobre sus batallas, que no fueron solo las de la guerra y de las armas. Sé que nunca podré publicar estas páginas. ¡Dónde se ha visto a una mujer metida a historiadora! Todos se burlarían de mí. Mis hijos, mis hijas, mis parientes políticos quedarían en ridículo. Y sin embargo, quiero escribirlo, necesito escribirlo, porque el mundo por venir debe conocer lo que Manuel Belgrano

hizo por todos nosotros, por nuestro presente y nuestro futuro. Aunque no lo lean más que mis propios nietos, alguien tiene que saberlo.

Tengo unos años menos que Manuel, que falleció a pocos días de cumplir los cincuenta. Soy viuda, no tengo deudas, poseo una pequeña fortuna de la que no tengo que dar cuenta a nadie, tengo hijos y nietos. Nada me impide dedicarme a mi proyecto. Toda mi vida he sido vecina y amiga de la familia, especialmente de Manuel y de su hermana Juana. Y no solo eso. Hemos jugado juntos de niños en la calle de Santo Domingo, juntos hacíamos travesuras y comprábamos dulces a los vendedores callejeros. He leído y comentado con Juana sus cartas más íntimas, las más familiares, y por amigos comunes pude enterarme de muchos detalles de su vida como militar. ¡Quién se iba a imaginar que nuestro pacífico abogado llegaría a conducir ejércitos, que sería general de la nación!

Nuestros vecinos, los Belgrano

Cuando era niña, me gustaba mucho visitar a nuestros vecinos, los Belgrano. Era una fiesta cuando mi amiga Juana me invitaba a comer con ellos. Los postres que hacía su mamá, doña María Josefa, con ayuda de las cuatro negras que trabajaban en la cocina, eran deliciosos, especialmente la mazamorra. Algunas comidas me parecían rarísimas. Por ejemplo, hacían mucho unos fideos largos y finitos a los que llamaban "tallarines", para darle el gusto al papá de Juana y de Manuel, que era italiano. En mi casa los tallarines no existían, siempre comíamos cocido, todos los días la misma carne hervida con papas y zapallo, bastante aburrida. A lo sumo, locro, como gran variante. Había poquísimos italianos en Buenos Aires, yo conocí solamente a don Belgrano y a su primo Castelli, el padre de Juan José, tan amigo de Manuel. La casa de la

calle de Santo Domingo, donde nació mi querido amigo, es muy grande y no es para menos: llegaron a ser diecisésis hermanos, aunque tres se murieron de chiquitos. Con tantos niños, por supuesto, necesitaban mucha gente de servicio. Era una casa alegre, siempre llena de risas, de juegos y de bochinche.

En solo diez años, las costumbres cambiaron mucho. Estábamos todavía en la época de la colonia. En aquel momento, a todos nos ponían muchos nombres (yo tengo tantos que ni vale la pena mencionarlos). El nombre completo de mi amigo era Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano. Los Belgrano eran muy religiosos y lo que aprendió Manuel en la infancia nunca lo olvidó: si hasta pidió que lo enterraran con el hábito de los dominicos. No es raro que Domingo, uno de sus hermanos más queridos, haya decidido ser sacerdote.

Me acuerdo de un caballo de palo que le encantaba cabalgar a Manu. Había dos en la casa, que iban pasando de los hermanos mayores a los menores. (Manuel era el sexto, los juguetes ya le tocaban bastante despintados). Los más chicos siempre se estaban peleando por los benditos caballitos. ¡Ni

qué hablar de lo que era eso cuando venían a jugar sus primos, los Castelli! Me parece que lo veo a Manuel montado en su caballito mientras otros niños menos afortunados o menos decididos se conformaban con las escobas o con una rama cualquiera. Jugaban a pelearse, como todos los varones. Se dividían en "ejércitos" y se acometían con cañas que hacían de lanzas.

—¡Basta ya, niños! —gritaba a veces la madre, cuando la contienda se volvía demasiado violenta—. ¡Que se van a meter los palos esos en un ojo!

Doña Josefa era una mujer inteligente y culta, de carácter fuerte, que se las componía muy bien para manejar esa casa enorme llena de gente. Fue bueno para la familia poder contar con su sensatez y su capacidad unos años después, cuando su marido estuvo preso.

Una vez, jugando al gallito ciego, uno de los pocos juegos que compartíamos niñas y varones, Manu me atrapó con los ojos vendados.

—Soy Trini —le dije en voz muy bajita, para ayudarlo.

—Es Lupe —dijo él en voz alta. Y no le importó perder con tal de no hacer trampa. Así era Manu.

Los Belgrano eran muy ricos. Don Domingo Belgrano era comerciante, como mi padre y como todos los hombres de la ciudad que tenían algún dinero (salvo la corte del virrey y los funcionarios de la corona, claro, pero esos eran todos nacidos en España). Compraba las mercaderías europeas que los barcos traían a Buenos Aires y las vendía en el resto del país: telas, vestidos, cuchillos, vajilla, zapatos... Es que aquí no se hacía nada, todo se traía de afuera, y eso todavía no cambió. Don Domingo a veces también compraba y vendía esclavos negros, algo que a Manu siempre le pareció mal, desde que tuvo edad para opinar. Por supuesto, jamás se lo hubiera dicho a su padre, al que respetaba muchísimo. Pero varios años después, escribió sobre el "horroroso comercio de negros": con estas mismas palabras lo llamó. Yo pienso que quizás se atrevió porque su padre ya no estaba.

Como los otros varones de la familia, Manuel aprendió a leer y escribir en la Escuela de Dios, que quedaba en el convento de los dominicos. Tenía catorce años cuando lo mandaron a estudiar al Real Colegio de San Carlos. Esos eran los momentos en que me hubiera gustado ser varón: yo quería



tanto estudiar! Al menos tengo que agradecer que mi familia no fuera tan anticuada como otras: había padres que no permitían que sus hijas aprendieran a leer y escribir para que no se escribieran con hombres. De todos modos, a los catorce, mi buen amigo Manu me parecía un chiquilín. A pesar de ser menor, yo ya era una mujer formada y estaba a punto de casarme.

20

De hecho, ya estaba casada con mi querido Esteban y esperando mi primer bebé cuando Manu vino a casa a despedirse: ¡se iba a España, a estudiar en la Universidad de Salamanca! Ah, esos viajes tan largos, al otro lado del mundo... Era carísimo mantenerlo allí, pero los Belgrano consideraban que Manuel y su hermano Francisco eran los más capaces para el estudio: valía la pena el esfuerzo. La madre soñaba con tener a un abogado y quizás a un doctor en Leyes en la familia. El padre era más práctico, pensaba que podrían estudiar comercio y hasta traerse mercaderías para vender. Quién sabe cuándo volverían los muchachos, o si finalmente se quedarían en España, pero aunque fuera así, en la época de la colonia era importantísimo para una familia destacada, como los Belgrano, tener a

alguien instruido y capaz cerca de la corte del rey de España, para ayudarlos con trámites y autorizaciones. ¡Cómo cambió todo en tan poco tiempo, desde aquellos gloriosos días de mayo!

Manuel estaba entusiasmado con todo lo que veía en España. Nos mandaba unas cartas muy alegres, en las que siempre preguntaba por sus hermanitos menores: Juana, Miguel, Agustín, Joaquín... Madrid lo deslumbró, era una gran ciudad europea para alguien que venía de Buenos Aires. En esa época su máxima ambición era llegar a ser embajador del rey de España: casi no lo puedo creer. "La patria de los hombres es el mundo habitado", nos escribía. ¡Pensar que, tan poco tiempo después, la palabra "patria" iba a tener un sentido completamente diferente para él!

En Salamanca se hizo muchos amigos y, aunque no nos contaba detalles, todos nos imaginábamos las diversiones de los jóvenes estudiantes. Era lógico que se relacionara sobre todo con americanos. En sus cartas mencionaba con gran afecto a un joven del Alto Perú llamado Pío Tristán, que tendrá su triste lugar en estas memorias.

Siempre le escribía sobre su amigo Pío a su hermanita Juana, que lo quería muchísimo. Entretanto,

mi primera niñita había muerto, no había logrado pasar su primer invierno, como sucede con tantos bebés. La pequeña Juana venía mucho a casa y conversar con ella me servía de consuelo.

—¿Hubo carta de Manuel? —le preguntaba yo, para cambiar de tema.

—Sí —me contestaba Juana—. ¡Por fortuna a mi hermano le gusta muchísimo escribir! Estoy un poco preocupada, porque veo que no estudia lo que debería. Dice que nada le interesa tanto como los idiomas modernos y la economía política... ¿qué será eso?

—¿Y latín? Los abogados tienen que saber mucho latín...

—El latín y el griego no le gustan, aprende lo mínimo indispensable. En cambio parece que ya habla inglés, francés y portugués a la perfección. De italiano, claro, toda la familia Belgrano sabe un poco, gracias a nuestro padre.

No sé si contarles, queridos nietos, lo que pasó entonces, mientras Manu estaba en España... Pero sí, esta debe ser una relación verdadera: para que ustedes me crean lo bueno tengo que contar también lo malo. Y es que don Domingo Belgrano, el padre de Juana y de Manuel y de los otros once

hermanos, fue encarcelado, acusado de haber hecho negocios poco claros con un amigo que era administrador de la Aduana. No solo se lo llevaron preso, sino que le secuestraron todos los bienes. ¡Fue terrible! Duró años. Y tuvo que cambiar el virrey para que por fin se absolviera al pobre don Domingo de culpa y cargo. Allí se vio el temple de doña Josefa, que no solo sabía hacer rica mazamorra, sino que se hizo cargo de la situación y luchó en defensa de su marido y de sus hijos.

Me imagino lo que habrá sufrido Manu en España, lejos de su familia en un momento como ese. Algo se leía en sus cartas, a pesar de que él fue siempre muy medido y controlado en cuanto a mostrar sus sentimientos. Dedicó todo su esfuerzo a hacer gestiones en la corte del rey para conseguir la libertad de su padre y la devolución de sus bienes.

Un día llegó Juanita entristecida, diciendo que su madre estaba sufriendo mucho por una noticia de Manuel.

—Pero ¿qué puede haber preocupado tanto a doña Josefa?

—Es que Manu decidió que no quiere de ninguna manera estudiar para doctor en Leyes. Dice que le

parece una “patarata”. No sé de dónde sacó esa palabra tan rara. Una patarata y un gasto inútil. Nos escribe que está aprendiendo todo lo que se necesita para ser abogado gracias a la pasantía que está haciendo en Madrid.

—Pero a tu madre le hacía tanta ilusión tener un hijo doctor...

—Él está convencido de que “aprenderse más sutilezas de los romanos”, que así dice en su carta, es una pura pérdida de tiempo.

Al padre no le pareció mal la decisión, pero a doña Josefa le costó acostumbrarse a la idea.

—Patarata —decía indignada delante de sus hijos—. ¡Dice que ser doctor le parece una patarata! ¡Una patarata! —repetía. Y cuando estaba así, la mazamorra ya no le salía tan rica como siempre.

¡Habría estado tan orgullosa de su Manuel si hubiera podido verlo unos años después!

El doctor Buñuelos

Corría el año 1794 cuando Manu volvió a Buenos Aires, ocho años después de su partida. ¡Nunca lo hubiera reconocido! Mi querido amigo de la infancia era un mozo de veintitrés años. Yo misma era mamá de dos varoncitos, un par de pequeños revoltosos que acaparaban toda mi atención, y estaba otra vez esperando.

Vino a visitarnos una tarde y allí comenzó su gran amistad con mi marido, Esteban, con el que muy pronto se entendieron en esas materias de que gustan hablar los hombres. Después de la comida, se retiraban a fumar sus cigarros y a conversar sobre economía y política.

A los veinticuatro años, Manuel Belgrano fue nombrado secretario del Consulado de Comercio. Pero ¿qué era el famoso Consulado? ¿Y qué significaba ser su secretario? Nunca antes habíamos

tenido un Consulado en Buenos Aires y todavía había mucha gente que no entendía bien para qué servía, por más que los principales comerciantes de la ciudad hubieran solicitado su creación al rey Carlos IV. Y como ahora el Consulado no existe más, diré, para informarlos a ustedes, mis queridos nietos, que era una institución dedicada a aumentar y mejorar el comercio de nuestro virreinato y a desarrollar todo lo necesario para que funcionara bien.

Por ejemplo, el puerto: hay que recordar que Buenos Aires ni siquiera tenía un puerto decente, como todavía no lo tiene. En ese entonces era peor: apenas había unos pobres y pocos muelles de madera, habilitados para carga y descarga. A veces el barco se acercaba lo más posible a la costa, las mercaderías y las personas bajaban a los botes que los llevaban hasta unas carretas con las ruedas muy altas, y así alcanzaban la tierra firme. En fin, era una calamidad, la gente llegaba a la ciudad mojada y embarrada.

Manuel traía muchísimas ideas nuevas para estimular el intercambio comercial del virreinato del Río de la Plata, aunque fuera dentro de lo

poco que se permitía (pasaron solo diez años y me parece que estoy hablando de algo tan antiguo: ¡el virreinato!). Todos los años presentaba Memorias, unos informes llenos de propuestas interesantísimas. Él estaba convencido, por ejemplo, de que era muy importante que aquí se sembrara trigo, lino, arroz... Pero nadie le hacía mucho caso. La gente se conformaba con que hubiera vacas para vender los cueros a los europeos. En vez de plantar y fabricar, importaban la comida, la vajilla, las telas, y todo lo demás: de agricultura, nada.

—¿No es una barbaridad que aquí no se plante más que zapallo, maíz, porotos y algunos frutales? —se escuchaba la voz de Manuel, que era bastante aguda y se le ponía más finita cuando se enojaba.

—Bueno —le retrucaba Esteban—. Yerba mate sí se planta, ¿no? Se cultiva en Corrientes y en Misiones...

—Sí, muy bien, yerba para el mate no nos va a faltar. Pero eso no sirve de materia prima para fabricar otra cosa, como sí pasa con el lino o el cáñamo... Y además, si quisiéramos exportar los sobrantes de nuestra producción a otros países, ¿a quién se la vamos a vender? ¿A quién le interesa

tomar mate, más que a nosotros? —insistía nuestro vecino y amigo.

Después del primer año como secretario (era el puesto más alto, el que manejaba el Consulado), Manuel se empezó a desilusionar. Sobre todo cuando se dio cuenta de que a la corona de España no le interesaba en absoluto que esta zona de sus posesiones creciera y se desarrollara.

Imagínense a un muchacho de veintipocos años, que llega de Europa lleno de entusiasmo y de ideas nuevas y ¡zas! se da la cabeza contra la pared. Porque la verdad es que la corona española no quería mejorar nada. La Junta que había designado el rey para gobernar el Consulado estaba formada por comerciantes españoles a quienes lo único que les importaba era ganar plata lo más rápido posible, sin hacer grandes cambios.

Sin embargo, incluso sin esperanzas, Manu siguió luchando por lo que creía. Desde que volvió de España tuvo mala salud, y en esa época le apareció en un párpado una lastimadura que no se curaba, por lo que sus ojos siempre estaban enrojecidos y llorosos. ¡Y sin embargo relampagueaban de entusiasmo cuando hablaba de todo lo que quería hacer!

en estas tierras para mejorar la vida de la gente! De toda la gente, porque Manuel era de los que se acordaban de los pobres, y no solo de las familias principales.

Sus amigos y enemigos le tomaban el pelo, lo llamaban en broma "doctor Buñuelos".

—¿Por qué le dicen así? —le pregunté cierta vez a un amigo en común.

—Es que Manuel volvió de Europa con ideas llenas de viento, Trini. ¡Infladas como buñuelos fritos!

—A mí me parecen ideas muy interesantes —repliqué.

—Y lo son. Pero también son demasiado avanzadas, del todo imposibles de aplicar en estas tierras.

En fin, yo misma tengo que reconocer que a veces se daba aires de sabelotodo, por lo mucho que había aprendido en Europa.

Por más que se opusieran a sus ideas, él siguió tratando de imponerlas. Al menos logró que sus informes se leyieran en público y así se fue relacionando con otros que pensaban igual que él. ¡Ni siquiera una escuela de dibujo lo dejaron poner!

Manuel no estaba dispuesto a aceptar sin protestas el comercio tan controlado que tenía autorizado

el virreinato, el famoso monopolio que primero solo nos permitía comerciar con España y después, como gran cosa, con otros virreinatos y algún país aliado. Sabía que los comerciantes de Buenos Aires se burlaban del monopolio y hacían contrabando en gran escala. Pero él no se conformaba con que fuera fácil hacer trampa. Manu era así, nunca le gustaron las mentiras ni los engaños y luchaba por conseguir que el comercio con otros países fuera legal. Entre otras cosas, quería fomentar la industria local, que no hubiera que traer todo de afuera, ¡hasta la harina para hacer el pan! Soñaba con campos de trigo pero también con molinos que convirtieran los granos en harina, con las flores azules del lino pero también con fábricas de tejidos.

—El Consulado se ha creado para fomentar el comercio —nos decía—. Y para eso, tenemos que poner en marcha la industria.

Sobre estos temas conversaban con mi marido. También venía a veces el primo de Manu, Juan José Castelli, que no era tan católico creyente como él. Hay quien decía que era ateo, aunque en ese momento yo no lo hubiera podido asegurar. (Al menos, nunca lo dijo delante mío). Juanjo tenía unas ideas

muy audaces y le gustaban mucho las empanadas que se hacían en casa, pero sin pasas de uva, de modo que siempre hacíamos algunas especialmente para él.

—¡Es indignante que haya tanta gente sin trabajo! —decía Juanjo—. ¡Hombres jóvenes que no tienen nada que hacer, que no pueden ganarse un salario! Culpa de la esclavitud. ¡Claro, si el trabajo lo hacen gratis los esclavos, para qué pagarle a nadie!

—Te doy toda la razón. ¡Cómo puede ser que tanta gente tenga que sobrevivir en la miseria y en la desnudez! —decía Manuel, que estaba siempre de acuerdo con su primo—. ¡Cómo puede ser que nuestras mujeres vivan en la ignorancia, que no se eduque a las madres de nuestros hijos!

A mí me gustaba tanto escucharlos que a veces me daban ganas de aplaudir.

Manuel y sus ideas diferentes

Todos los comerciantes de Buenos Aires visitaban alguna vez el Consulado, porque allí se hacían todos los trámites que tenían que ver con el monopolio, con el libre comercio, que no era tan libre, y con cuestiones particulares. Porque el Consulado era también un tribunal de justicia.

Uno de estos comerciantes era don Juan Ignacio Ezcurra, a quien acompañaba siempre una de sus hijas, por la que tenía mucho cariño. María Josefa (se llamaba igual que la madre de Manuel, pero le decían Pepita) se había criado en un ambiente muy especial. En contra de la opinión de otras familias, los Ezcurra entendían que las mujeres tenían que ser fuertes y valientes y aprender de todo un poco, para ayudar a sus maridos. Así, desde muy jovencita, Pepita iba al Consulado para escuchar las conversaciones de su padre con el apuesto secretario, don Manuel Belgrano.

El tiempo pasaba y mi querido amigo ya tenía más de treinta años, había llegado a la edad de casarse. Sus padres habían muerto. Primero su papá, poco después de que Manu volviera de España. Y a los cuatro años, su mamá, doña María Josefa. Su hermana Juana, yo misma y muchas otras personas que lo apreciaban tratábamos de persuadirlo de las ventajas del matrimonio y le señalábamos en las tertulias y en los bailes a las jovencitas casaderas que nos gustaban para él.

—Qué bonita está Tomasa, la hija de los Azcuénaga... ¿no quisieras invitarla a bailar esta gavota?

—Juana, Trini, ya me conocen, ¡saben que no me gusta bailar! —decía Manuel.

—¡Así no te vas a casar nunca, hermanito! —lo retaba su hermana Juana.

—Ni falta que me hace —decía él, muy convencido—. Además, ¿quién va a querer a un hombre tan pobre como yo?

—Manuel, no exageres...

—No exagero, Trini, solo cuento con mi sueldo del Consulado, la fortuna de mi familia se achicó mucho con esa acusación tan injusta contra mi padre. ¡Y somos trece hermanos para repartir la herencia!

—Hombres mucho más pobres se casan también.
—¡Basta ya, Juana, de fantasías de mujeres. Soy un hombre grande y sé cómo tomar mis propias decisiones! —Manuel siempre terminaba estas conversaciones un poco enojado de que nos metiéramos en su vida.

Lo cierto es que un día el secretario del Consulado reparó en la chiquilla que solía acompañar a su padre, don Ezcurra. Pepita tenía diecisiete años y se había convertido en una mujer hermosa. Y no solo bonita. Tenía un porte, una inteligencia, un carácter que llamaban la atención. A Manu, ya un hombre de treinta y dos años, nunca le habían gustado las muchachas modositas y miedosas. De pronto, sin saber cómo (pero así pasa siempre) se encontró enamorado. Cuando estuvo seguro de que ella le correspondía, decidió pedir su mano.

—Espero que no me la nieguen, por culpa de mis pocos recursos —nos decía.

Aunque en el fondo, a pesar de sus protestas de pobreza, estaba muy seguro de que a los Ezcurra no les molestaría emparentar con una familia destacada, como los Belgrano, y tener por yerno al mismísimo

secretario del Consulado de Comercio. Por eso el golpe fue más fuerte.

Una tarde Pepita llegó palidísima. Traía terribles noticias.

—Me casan, Manuel.

—¿Cómo que te casan? ¿No hay nada que puedas hacer?

36 —Es la voluntad de mis padres. Si no acepto su decisión, me meterán a la fuerza en un convento.

—¿Pero cómo, cuándo, con quién?

—Cuanto antes. Con mi primo, Juan Ezcurra, el que vino de España.

—¿Ese pariente tuyo que llegó de Pamplona en el último barco?

Era él. Y no hubo manera de resistir. Juan Ezcurra se convirtió en el marido de Pepita y ese fue el primer golpe que les dio el destino a los amores de Manuel. Siempre es difícil para una jovencita oponerse a la voluntad de sus padres, pero en la época de la colonia era imposible. Todavía no se había dado el caso extraordinario de Mariquita Sánchez, la primera que logró torcer esa voluntad, con ayuda del virrey Sobremonte, para casarse con quien se le daba la gana.

Entretanto, año tras año, Manuel siguió presentando sus Memorias del Consulado de Comercio, esos informes que al rey Carlos IV le interesaban tan poco, pero que le fueron atrayendo la amistad de muchos jóvenes que pensaban como él. Manu no se cansaba de proponer reformas, por más que se las rechazaran: quería que hubiese curtiembres, por ejemplo, para que no se exportaran los cueros crudos, sin aportar más trabajo para la gente del país que el de despellejar vacas. Consideraba que la gran desigualdad de fortuna era una fuente de males, y proponía que las tierras sin trabajar se les dieran a los pobres que vivían en ellas. ¡Qué locura! Quería fundar una Escuela de Náutica porque soñaba con que el virreinato del Río de la Plata tuviera una flota mercante propia. Y la fundó, pero se la cerraron enseguida, igual que la de dibujo. Quería que se enseñara Aritmética y Geometría... En fin, estaba convencido de que no había nada mejor que la educación para todo el mundo: para ricos y pobres, grandes y chicos. ¡Y hasta para la mujeres! Pero, por supuesto, ni los virreyes ni mucho menos el rey de España coincidían con sus intenciones o sus opiniones.

Ahora creo que lo consideraban una especie de insecto molesto, fácil de ahuyentar. Un insecto que, a pesar de todo, era bueno mantener en ese puesto, donde no tenía poder para imponer grandes cambios. Servía para que muchos creyeran que la monarquía española se había modernizado y estaba de acuerdo con los nuevos tiempos. ¡Ni se imaginaban en qué pesadilla se iba a convertir para los *chapetones* el general Manuel Belgrano! Manu mismo, por supuesto, tampoco se lo podía imaginar.

Hacía unos años que estaba en Buenos Aires cuando apareció *El Telégrafo Mercantil*. Hoy parece increíble que recién en 1801 haya salido ¡el primer periódico del Río de la Plata! Desde el Consulado, mi amigo apoyó firmemente su publicación, fue uno de los fundadores y uno de los colaboradores. *El Telégrafo* aparecía dos veces por semana y traía unos artículos bastante valientes, denunciando abusos y proponiendo cambios. Se publicaban también reclames de propaganda (una vez tuvimos necesidad de vender a uno de nuestros negros y lo publicamos allí). Se suponía que el periódico no era para que lo leyieran las señoras, era bastante loco y desvergonzado y a veces tenía unos versitos

de mal gusto... ¡que a las damas nos hacían reír durante horas! (Pero, por supuesto, lo leíamos en secreto). Se notaba que los redactores eran gente joven, porque se burlaban de todo y de todos. ¡Ni los mismos colaboradores se salvaban! A Manuel le publicaron un versito que empezaba diciendo:

*Soy un hombre extraordinario
Soy un prodigo, un portento
Soy asombro de los hombres,
Soy pasmo del Universo;
Soy un encanto, un enigma
Soy un profundo misterio
Y por decirlo de un golpe
Yo soy el doctor Buñuelos.*

Entretanto, pasaban los años y el matrimonio de María Josefa con su primo no tenía hijos. Las malas lenguas comentaban en las tertulias que se llevaban muy mal. La muchacha no era la tímida y dulce jovencita con la que soñaba casarse Juan Ezcurra y nunca estaban de acuerdo en nada. Ella y Manuel se encontraban con frecuencia. Buenos Aires no era más que un pueblo grande y las familias principales

éramos pocas. Se veían en la calle, en la iglesia, en las tertulias, en las fiestas. Se saludaban cortésmente como viejos conocidos y si en el lenguaje de las miradas había algo más, eso nunca nadie me lo comentó.

40 *El Telégrafo* duró muy poco, apenas un año, era demasiado audaz y el virrey Del Pino decidió clausurarlo. Pero Manuel Belgrano y sus amigos no se iban a quedar tan tranquilos. Estaban seguros de que esta ciudad y este virreinato necesitaban del periodismo: con apoyo del Consulado, se fundó el *Semanario de Agricultura*. Este periódico era más serio, estaba dedicado a cuestiones económicas y tuvieron mucho cuidado de no darle al virrey ninguna excusa para que lo clausurara como había pasado con el otro.



¡Ingleses!

Desde 1804 España estaba otra vez en guerra con Inglaterra y sabíamos que podía pasar cualquier cosa. El virrey Sobremonte organizó un plan de defensa. Había tropas españolas y milicianos, gente común supuestamente preparada para pelear, paisanos y hombres de la ciudad. El mismo Manuel Belgrano era oficial honorario de milicias. Pero a nadie se le pasó por la cabeza que de verdad vendrían los ingleses para apoderarse de la ciudad. Yo misma, como la mayor parte de los habitantes de Buenos Aires, no había visto nunca en mi vida un buque de guerra.

Un día el capitán del puerto le avisó al virrey que se habían avistado velas por los Quilmes, pero don Sobremonte pensó que serían contrabandistas y se fue al teatro muy tranquilo. Allí le confirmaron que los barcos eran de guerra. El virrey, asustado, lo primero que pensó fue en cómo salvarse él, sus

parientes y el dinero del gobierno. Metió todo en una caja de caudales y trató de escaparse a Córdoba con su familia. Entonces fue cuando se inventaron esos versitos famosos que todavía usamos cuando alguien nos parece cobarde:

*Al primer disparo de los valientes
huyeron Sobremonte y sus parientes.*

42

Ana María Shua

A pesar de todo, yo le tenía simpatía a ese virrey, al menos hasta ese momento: era el que la había protegido a Mariquita Sánchez y la ayudó a casarse con su primo Thompson, contra la voluntad de sus padres.

A los pocos días, los ingleses desembarcaron en los Quilmes y el general (después sabríamos que era don William Beresford) avanzó con sus hombres. Eran poquísimos, una ridiculez para una ciudad como la nuestra y sin embargo... Una pequeña tropa de militares españoles intentó detenerlos, pero con un par de tiros los dispersaron. Los ingleses ya llegaban a la ciudad cuando tronó el cañón de alarma y los músicos militares tocaron a generala, para que cada uno fuera a ocupar el lugar que le correspondía según los planes de defensa.

Unas horas después el regimiento escocés paseaba por la ciudad luciendo sus polleras a cuadritos y tocando la gaita. Desde las ventanas, los balcones, en la calle, todos los mirábamos llenos de asombro. Pronto pasó por casa nuestro vecino Manuel Belgrano, agitado, con la cara roja (era tan blanco que se ponía colorado muy fácil) y una mezcla de odio y vergüenza.

—¡Cómo puede ser! —gritaba, furioso, casi llorando de rabia—. ¡Son menos de dos mil hombres y tomaron una ciudad de cuarenta mil habitantes! ¡Qué indignante!

Era el 27 de junio de 1806: el día en que nos despertamos españoles y nos fuimos a dormir ingleses.

Esteban, que no participaba en la milicia por su problema en el brazo derecho (una mala caída del caballo que montaba), quería saber los detalles.

—Eso que tenemos acá no es un ejército ni es nada, Esteban —le dijo Belgrano—. Cuando tocaron a generala, corrí a la fortaleza, y allí estábamos todos amontonados sin ningún orden, no había subordinación, nadie hacía caso a los jefes, ni los jefes sabían qué hacer.

—Pero los oficiales...

—Ay, si yo mismo soy oficial honorario de las milicias urbanas, ¡y apenas alguna vez tuve un arma en las manos! ¡Qué desastre! ¿Qué órdenes tendría que haber dado? Había un oficial veterano, el único que entendía algo, y trató de conducirnos pero fue inútil. Unos fuegos fatuos y todo se terminó...

Y se instalaron, nomás, en Buenos Aires, los 44 ingleses... ¡Qué lindos, qué rubios y limpios eran! Ellos nos acostumbraron al jabón fino, que ni se conocía por aquí. Hasta ese momento, las damas nos bañábamos con los mismos jabones toscos con olor a sebo que se usaban para lavar la ropa. Lástima que no fueran católicos. Excepto algunos irlandeses que, muy contentos de estar en un país católico, empezaron a desertar.

En los días que siguieron, el general Beresford exigió que todas las autoridades prestaran juramento al rey de Inglaterra. Belgrano también tenía que hacerlo por ser secretario del Consulado. Pero nuestro amigo Manu nunca iba a jurar algo en lo que no creía y que tampoco pensaba cumplir. Por eso se fue, casi escapando, a una chacra que tenía su familia en Mercedes, en la Banda Oriental. Antes de irse llegó a conocer personalmente a Beresford.

Una vez nos dijo que lo admiraba y respetaba por haberse atrevido a semejante aventura. Cuando le llegaron noticias de la reconquista de la ciudad, ya era tarde para participar. ¡Liniers había logrado rehacer las tropas, vencer a los ingleses y volver a tomar Buenos Aires para los reyes de España!

Se sabía que los enemigos no se iban a quedar tan tranquilos. Era obvio que Beresford había pedido refuerzos, que podrían llegar en cualquier momento. Santiago de Liniers, que era un militar de verdad, aunque más de mar que de tierra (el francés era capitán de fragata), se preparó para la defensa de Buenos Aires, haciendo participar a todos los ciudadanos y entregándoles armas. Así se formaron varios cuerpos de milicias, que empezaron a entrenarse de verdad. A Manuel lo eligieron los mismos milicianos como mayor de Patricios, que era el regimiento de los nacidos en Buenos Aires. Había Gallegos, Cantábricos y otros, cada uno se llamaba según el origen de sus integrantes. También había un batallón de Castas, que reunía a negros, mulatos, indios y mestizos.

Pero Manu no quería volver a pasar esa situación de malestar y vergüenza por estar ocupando un

puesto para el que no estaba preparado. Tomó de maestro a un viejo militar, para que le enseñara no solo a usar armas, sino cómo manejar un cuerpo de ejército, qué órdenes dar, cómo tratar con sus subordinados, cómo establecer la cadena de mandos. Estaba convencido de que sin orden, sin disciplina y sin obediencia a sus jefes ningún ejército podía lanzarse a la lucha con alguna esperanza de vencer. Y eso siguió pensando el resto de su vida. Tenía mucha razón.

Y llegaron los ingleses. Esta vez eran muchos de verdad, una tremenda flota de ciento diez buques de guerra y transporte, que, además, ya se había apoderado de Montevideo. ¡Imagínense el espectáculo de las velas enemigas frente a la ciudad, en el Río de la Plata! ¡Era como una ciudad flotante! Pero gracias a Liniers, Buenos Aires estaba preparada de verdad para rechazarlos.

Para entonces nuestro amigo ya no era oficial de Patricios. Había renunciado al cargo harto de intrigas y de pequeñeces. Pero como se conocía su coraje y su capacidad, fue nombrado ayudante de campo de un coronel que tuvo que defender el paso del Riachuelo. Allí, en primera línea de fuego,

se destacó como siempre, peleando con gran valor y cumpliendo sus funciones de transmitir las órdenes de su superior bajo los disparos enemigos.

Cuando las tropas de Whitelocke se rindieron, Belgrano estuvo presente en el juramento que se exigía a los vencidos. Juraban por lo más sagrado que nunca más iban a tomar las armas contra quienes los habían derrotado. Era algo que todavía se usaba mucho y que ahora está cayendo en desuso porque, en el fondo, ¿quién puede creer que esos juramentos se van a cumplir?

—Pude conversar con el general Crawford —nos contó Manuel. Esteban y yo estábamos ansiosos por tener noticias directas.

Habían hablado en la lengua universal que conocen las personas instruidas de todas las naciones: el francés. Y se tocó un tema que desde el año anterior, cuando vencimos por primera vez a los ingleses, había empezado a surgir en las mentes de todos los que querían lo mejor para nuestro país: la independencia de España, que ahora no parecía ni tan imposible ni tan lejana.

—¿Y qué opina el general inglés? —preguntó mi marido, que para ustedes es el abuelo Esteban.

El abuelo era uno de los que empezaba a hartarse de tener siempre a los españoles encima, decidiendo desde tan lejos nuestro destino, del que no entendían nada.

—Opina más o menos lo mismo que yo —dijo Manuel—. Que no es imposible, pero que quizás se llegue a concretar dentro de unos cien años.

—Si queremos que suceda dentro de cien años, hay que empezar a trabajar ahora —le contestó Esteban.

Y Manu, por supuesto, estuvo de acuerdo. Aunque fuera para sus bisnietos, valía la pena. ¡Quién se iba a imaginar qué poco faltaba para que el mundo cambiara tanto!

Esos años locos

Ah, mis nietos queridos, quisiera contarles cómo fueron esos años locos que ustedes no vivieron y que nos cambiaron la vida... pero no sé por dónde empezar. Imagínense un pueblo grande, tranquilo, pacífico, donde durante años y hasta siglos nunca pasaba nada más que el movimiento del puerto, los barcos que vienen y van... De pronto, desde los ingleses en adelante, todo empieza a cambiar, cada día hay una novedad que nos sacude la calma. Con mi querido amigo Manuel Belgrano participando con entusiasmo de los acontecimientos que nos llevaron a la Revolución de Mayo. ¡En vez de los cien años que calculaba ese tal Crawford, en menos de tres años todo quedó patas arriba! Para bien de la patria.

Lo primero fue que desde España lo echaron a Sobremonte, ese virrey que a lo mejor era bueno

para gobernar en paz, pero para las emergencias no servía. En su lugar, el rey Carlos IV nombró virrey a nuestro querido Santiago de Liniers. Eso era un escándalo. Era casi como si hubieran nombrado un virrey elegido por el pueblo. ¡Y francés, por si fuera poco!

Con eso solo estábamos contentos. Entonces empezaron a llegar noticias del otro lado del océano. Ese Napoleón Bonaparte, que quién sabe de dónde salió, ahora quería ser emperador de todo lo que existe y avanzaba por Europa. Algunos países se declaraban aliados y a los otros los invadía. Con cada barco que llegaba a Buenos Aires, venían más noticias y cada vez más locas. ¡Las tropas francesas habían invadido España! ¡Carlos IV ya no era más nuestro rey, había renunciado! ¡Su hijo Fernando VII se quedaba con el trono! ¡Fernando VII era hecho prisionero por Napoleón! Sí, todo con signos de admiración, porque así era como lo sentíamos. Europa había dejado de ser el Viejo Mundo, tan conocido, ahora era un continente en guerra en el que todo cambiaba cada día. Los hombres ilustrados del virreinato se abalanzaban sobre los periódicos que traían los barcos, invitaban a sus casas a

los viajeros y les disparaban preguntas una detrás de otra como si fueran balas.

Portugal también había caído bajo Napoleón. La corte portuguesa había alcanzado a escaparse y ahora se habían instalado todos en Río de Janeiro. Reinaban el príncipe Juan y la infanta Carlota, que era la otra hija de Carlos IV y hermana de Fernando VII. Todo dado vuelta. ¡Estábamos apenas en 1808 y los ingleses no eran enemigos de España, sino casi aliados! Con Fernando VII prisionero (pero no se imaginen una cárcel, estaba “prisionero” en un lindísimo castillo con su enorme parque), Napoleón puso en el trono de España a su hermano José, a quien los españoles llamaban Pepe Botella, por lo mucho que le gustaba el vino.

A Manuel se le ocurrió entonces una idea que compartía con otros patriotas que soñaban con la independencia. Después de todo lo que había pasado, no parecía tan lejana. La infanta Carlota, la hija de Carlos IV, estaba con su corte portuguesa en el Brasil, y quería ser regente del virreinato del Río de Plata. Algo así como nuestra reina. En nombre de su hermano Fernando VII, claro. ¿Por qué no apoyarla y ayudarla en sus pretensiones? Hoy,

tan pocos años después, suena como una idea muy rara, pero en ese momento podría haber sido un atajo para llegar antes a la libertad.

—No confies mucho en esa loca —le dijo Esteban, que tenía sus propios informes sobre Carlota y no le gustaban nada—. Ni te va a contestar.

Así fue. Le escribieron, pero doña Carlota primero les dio largas y al final ni les contestaba. Ahora uno piensa: por suerte. Pero en ese momento para los muchachos fue un disgusto.

Entretanto habían empezado a reunirse Castelli, Beruti, Belgrano y muchos otros en la jabonería de Vieytes. A Juan Hipólito Vieytes se le había ocurrido una gran idea para aprovechar que ahora todas las damas de la ciudad queríamos jabones finos. Con mucho sentido comercial, puso una fábrica, la primera en producir aquí jabones decentes. La jabonería, que quedaba un poco apartada de la ciudad, se convirtió en el punto de reunión de los patriotas, como se empezaron a llamar.

Imagínense hasta qué punto puede cambiar todo, ¡y tan rápido!, que don Santiago de Liniers, tan querido por su acción contra los ingleses, ahora se volvía sospechoso para todo el mundo. Para

empezar, por ser francés, los españoles le tenían desconfianza y pensaban que podía estar en tratos con Napoleón. Para que creyeran en su lealtad a España, Liniers tomaba medidas todavía más claras a favor de lo que quedaba del gobierno español, algo que no les gustaba nada a los patriotas. Por el momento, como los reyes estaban presos, una Junta de Gobierno seguía resistiendo a los franceses en Sevilla. Liniers enseguida hizo jurar a las autoridades que iban a obedecer a la Junta de Sevilla. Pero los patriotas no estaban de acuerdo. El pobre Liniers quedaba mal con todo el mundo, y al final la Junta de Sevilla decidió reemplazarlo por otro virrey: don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Un hombre inteligente, muy firme, muy decidido y muy sordo: lo habían dejado así los cañonazos de Trafalgar, esa famosa batalla en el mar contra los ingleses.

Manuel no quería tener un virrey nombrado por una Junta de Gobierno en España.

—Si ni siquiera tenemos rey, porque está preso, ¿qué clase de virrey va a ser este? ¿Porque lo nombraron los españoles allá, del otro lado del mar, tenemos que soportarlo?

—Bueno, Manuel, no te apures —le decía Esteban—. Todo a su tiempo, están pasando tantas cosas...

Belgrano intentó de todas las maneras posibles que no asumiera Cisneros. Primero lo quiso convencer a Liniers. Pero don Santiago solo quería demostrar que obedecía a los españoles y que no le iba a hacer caso a Napoleón. Como no pudo ponerlo de su lado, fue a hablar con los jefes militares. Por supuesto, cuando asumió nomás como virrey, Manuel decidió que lo más sano era irse por un tiempito a su chacra de la Banda Oriental. Le venía muy bien, además de descansar un poco, porque ya tenía treinta y nueve años y muchos problemas de salud. Es increíble cómo durante toda su vida se las ingenió para no hacer caso de las enfermedades que atacaban su cuerpo. ¡Nuestro Manuel era puro espíritu! A fuerza de ganas, de entusiasmo y de planes para el futuro, él seguía adelante como si fuera un hombre sano. Y no lo era.

Hay una época de la que, en cuanto a las cuestiones políticas, tengo pocos recuerdos: uno de mis hijos se enfermó de escarlatina y, por supuesto, se contagieron todos. O casi todos. Yo ya tenía tres

varones y dos niñas, el mayor de dieciséis años y la más chiquita de tres. Con cuatro enfermos, que fueron cayendo uno detrás de otro, tenía que correr de cama en cama y todo se me iba en preparar tisanas y hacerles tragar los remedios que les recetaba el doctor Argerich. Para peor, a mi linda Joaquina se le complicó con pulmonía y estuvo muy grave.

55

El hombre que no podía mentir



Estaba tan angustiada y preocupada por aquellos días que apenas prestaba atención a los comentarios que escuchaba. Así, como de lejos, me enteré de que allá en el Alto Perú, dos ciudades de nuestro virreinato se habían levantado contra España: Chuquisaca y La Paz. Corría el año 1810 cuando supimos la horrible represión que habían ordenado allí los jefes españoles, uno enviado por el mismo Cisneros y el otro, por el virrey del Perú. No solo mataron, sino que se ensañaron con los cadáveres. Decapitaron a los cabecillas y clavaron sus cabezas en picas, ahorcaron a hombres a diestra y siniestra, dejaron sus cuerpos colgando durante días y les confiscaron todos los bienes a las familias que tuvieran algo que ver con ellos. Fue tremendo, todos los americanos decentes estábamos furiosos con España: ahora ni siquiera era el rey, eran los españoles y los que estaban con ellos (había muchos americanos realistas). Nos estaban aplastando como si nos pisaran la cabeza con sus botas militares.

La Revolución de Mayo

Han pasado solo diez años y parece que hubieran sido mil. Porque ahora estamos todos divididos, ¡qué triste!, y en ese momento éramos una sola voluntad. Fue tan rápido... Y me siento muy orgullosa del papel que tuvo nuestro querido Manuel en ese mayo de gloria que nunca olvidaremos.

Para entonces sus relaciones con el nuevo virrey habían mejorado mucho. Cisneros incluso le había encargado dirigir un nuevo periódico, que se llamaba *La Gazeta*. Belgrano aceptó con entusiasmo: en el periódico, por supuesto, no podía publicar nada de lo que pensaba, pero en cambio le daba una buenísima excusa para que los patriotas se reunieran en su propia casa, que quedaba en el centro de la ciudad, en lugar de tener que cabalgar y hasta cruzar un arroyo para llegar a la fábrica de jabón.

Por más que el virrey Cisneros tratara de ocultarnos las noticias, al final todo se sabe. Entraron al puerto un par de buques ingleses con periódicos europeos que confirmaron lo que muchos sospechaban por los rumores que nos llegaban del Brasil. El 18 de mayo nos enteramos de que ya no había Junta de Sevilla, porque la península entera había caído en manos de Napoleón. En una islita, la isla de León, se había formado un Consejo de Regencia, una especie de gobierno en el exilio. ¿Y ahora? ¿A quién teníamos que obedecer nosotros? ¿Qué clase de virrey era ese que no representaba a nadie? Y así empezó la famosa Semana de Mayo.

En Buenos Aires estábamos como enloquecidos. Las mujeres no podíamos hacer gran cosa, pero al menos abriámos nuestras casas a los conspiradores. En la casa de Rodríguez Peña, en la de Martín Rodríguez, en la de Belgrano, en la mía, se reunían los patriotas para comentar los sucesos y ponerse de acuerdo.

Había que librarse del virrey y para eso nada mejor que pedir un Cabildo Abierto. El Cabildo era el gobierno de la ciudad, igual que ahora, pero si se conseguía que llamaran a Cabildo Abierto, eso

obligaba a una discusión pública, en la que todos los vecinos principales podían participar.

Por supuesto que Cisneros no quería saber nada y el jefe de las tropas españolas lo apoyaba. Pero cuando todos los jefes militares de las milicias lo fueron a presionar, se dio cuenta de que no lo podría evitar y tuvo que aceptar. Cornelio Saavedra, el jefe del regimiento de Patricios, en el que Belgrano era mayor, fue muy firme y claro.

—No cuente conmigo ni con los Patricios —le dijo al virrey—. El gobierno que le dio autoridad para mandarnos ya no existe.

Era Cabildo Abierto o la guerra. Cisneros era un viejo militar, sabía que no tenía suficiente tropa como para enfrentar a tantos hombres. Hubiera sido una masacre inútil.

El 22 de mayo se reunió el Cabildo Abierto. French y Beruti habían llevado a su gente, la Legión Infernal, un grupo de seiscientos muchachos bien entrenados, la mayoría de los barrios pobres, que querían librarse de los españoles igual que todos. La Legión Infernal custodiaba la actual Plaza de Mayo y ayudaba a crear un clima de rebelión.

En el Cabildo hubo una discusión muy fuerte

en la que se hizo evidente que los criollos tenían toda la razón. ¿En nombre de qué o de quién pretendía mandarlos el virrey? Y se tomó la decisión de votar un nuevo gobierno.

Pero a Cisneros, que no era tonto, se le ocurrió otra pequeña trampa. El 23 de mayo se pasó el día tratando de convencer a todo el mundo de que lo mejor era elegir un gobierno en el que él mismo estuviera al frente, para evitar un derramamiento de sangre, como el de Chuquisaca y La Paz. Hay que decir que muchos tenían miedo de algo así y le dieron la razón.

Fue por eso que el 24 de mayo se votó una Junta en la que el virrey Cisneros fue elegido presidente. De los patriotas solo entraban Saavedra y Castelli, el primo de Manuel. ¡Y los demás eran todos españoles! Por si fuera poco, con la presidencia, se le daba a Cisneros la posibilidad de ser nada menos que comandante en jefe de todos los regimientos militares. ¡Un disparate!

¿Y para esto se habían esforzado tanto?

Cuando se enteraron los patriotas, que estaban reunidos en la casa de Rodríguez Peña, no les pude explicar cómo se enojaron. Me contó Esteban que nuestro querido Manuel, que por lo general era un hombre muy sereno, había perdido toda

calma. Estaba exaltado, emocionado, furioso y le gritó como loco a su primo Castelli.

—¡Cómo es posible que hayas aceptado participar en esa Junta de la Traición!

—Es que pensé... Me pareció que... En fin, si era para evitar la sangre... Pensando en lo de Chuquisaca... Pero quizás fue un error...

—¡Por supuesto que fue un error! ¡Nada menos que Juan José Castelli, nuestro gran orador, el que habla por todos, el gran patriota! ¡Y ahora vas a ser parte de un gobierno encabezado por Cisneros!

—No, no, de ninguna manera —contestó Juanjo—. Voy a renunciar, por supuesto. Y Cornelio, también. Está claro que no podemos aceptar algo así... Pido perdón a todos los presentes por haberme dejado enredar en esta trampa.

En un momento Manu se fue a descansar un rato. Estaba usando su uniforme de Patricios, porque consideraba que tenían que estar preparados para tomar las armas en cualquier momento. Se recostó en un sofá en otra sala y trató de dormir un poco. Se discutía si había que pedirle la renuncia a Cisneros por las buenas o si debían ir armados al Fuerte y obligarlo a renunciar. En ese momento se escuchó una voz que decía:

—¿Y qué hacemos si Cisneros no renuncia?

Si a Manu ya le costaba dormirse, eso fue más de lo que podía soportar. Se levantó del sofá, fue adonde estaban todos reunidos, sacó su espada y con la cara roja de furia (en fin, como le pasaba siempre) puso la mano sobre la cruz de su espada:

—Juro por esta cruz, a mi patria y a mis compañeros, que si mañana a las tres de la tarde el virrey no renunció, ¡lo arrojaremos por la ventana del Fuerte!

Y todos los demás empuñaron sus armas para acompañar su juramento.

¡Muy pocos pudimos dormir esa noche en Buenos Aires! Era el destino de nuestra patria el que estaba en juego. ¡Nuestra patria! Ahora, solo diez años después, esa palabra ya está vieja y cansada, todos la usan como excusa para tratar de quedarse con el poder, pero en ese momento era una palabra nueva, fresca, llena de ilusión y de emoción.

Y al día siguiente, el 25 de mayo de 1810, tuvimos nuestro primer gobierno patrio. La Junta de Gobierno, con seis criollos y solo dos españoles, en la que Saavedra era presidente; Moreno y Paso, secretarios, y había cuatro vocales entre los que estaban los dos primos, tan amigos y tan distintos



uno del otro: Belgrano y Castelli. La Junta, por supuesto, gobernaba en nombre de Fernando VII. Supuestamente si lo dejaban libre, todo volvería a ser como siempre. ¡Pero la verdad es que nadie se lo creía! Era una especie de disfraz para no decir con claridad que queríamos ser independientes. Quién se iba a imaginar que Juanjo Castelli, la voz de nuestra Revolución, iba a morir mudo solo dos años después...

Pero no pensemos en cosas tristes: esa noche todo fue alegría en la ciudad. Buenos Aires no tenía más que faroles con candiles, pero en las casas encendimos las lámparas y las velas, tantas como cada uno podía, y abrimos las ventanas para iluminar la ciudad, nos reunimos y festejamos. A pesar de la llovizna, la gente sencilla cantaba y bailaba en las calles para demostrar esa felicidad que compartíamos y que nos brotaba del alma y de la piel. ¡Hasta nuestro amigo Belgrano bailó esa noche, a pesar de lo poco que le gustaba!

—Somos libres, ¿te das cuenta, Trini? ¡Libres por fin! —me decía Manuel, sin saber que muy pronto una parte de su corazón iba a perder la libertad, de la mejor manera posible.

Vocal de la Junta de Gobierno

Ahora ya empezamos a llamarla la Primera Junta, pero en ese momento no sabíamos que habría otra. Era, simplemente, la Junta de Gobierno. Desde el comienzo fue importantísimo que Manuel estuviera allí. Había distintas opiniones, distintos partidos. Por ejemplo, Saavedra siempre discutía con Moreno: era algo que se comentaba en todas partes. Moreno era mucho más directo y quería la independencia ya; Saavedra era mayor, más tranquilo y no parecía tener apuro. Pero mientras tanto tenían que gobernar y eso significa tomar decisiones. Nuestro amigo Manu, aunque estaba más de acuerdo con Moreno, era el único con la inteligencia y la serenidad suficientes como para ayudar a que se pusieran de acuerdo.

Para empezar, era necesario avisar al resto del virreinato lo que estaba pasando y pedirles que

mandaran representantes. Pronto se supo que Liniers, el héroe de las Invasiones Inglesas, ¡estaba preparando una contrarrevolución en Córdoba! La Junta tuvo que mandar una expedición para controlar la situación.

En ese momento se empezó a ver qué clase de hombre era Manuel Belgrano: para ayudar con los gastos de la expedición, renunció a su sueldo de vocal de la Junta, como iba a renunciar después a cualquier dinero que no le fuera imprescindible para vivir. Poco después donó sus mejores libros a la Biblioteca Pública que había fundado Mariano Moreno. ¡Con lo caros que son los libros y lo mucho que cuesta conseguirlos!

También estaba atento a otras cuestiones, como la fundación de *La Gazeta de Buenos Ayres*. Era el periódico que debía servir para informar, expresar ideas y convencer a todos los que todavía dudaban de la revolución. Manuel siempre creyó en la importancia de la palabra y de la libertad de opinión. Además de participar en *La Gazeta*, seguía exponiendo sus ideas sobre la educación y la economía en *El Correo de Comercio*.

Un mes después de haber asumido la Junta, echaron al virrey Cisneros y lo mandaron a Montevideo.

Fue durísimo lo que pasó cuando vencieron en Córdoba a los que estaban contra la revolución y hubo que tomar la decisión de fusilar a los cabecillas.

—Pero Manuel —le decía yo—. ¡Están locos! ¿Lo dejaron irse tan tranquilo al virrey Cisneros y ahora van a fusilar a nuestro querido Liniers? Los vecinos de Buenos Aires nunca te lo van a perdonar...

—Es terrible —me contestó él—. Ni siquiera me lo voy a perdonar a mí mismo. Pero no nos queda más remedio. Hay que dar el ejemplo. Por la patria. Santiago de Liniers es peor y más peligroso todavía, justamente por ser un hombre tan querido por el pueblo.

Y Belgrano, con los demás integrantes de la Junta, firmó la orden de fusilamiento de Liniers y de todos los que se habían puesto de acuerdo con él en levantar a la gente contra el gobierno patrio. Era la primera vez que la Revolución de Mayo derramaba sangre, pero no la última. Ahora Manuel nunca dejaba de vestirse con el uniforme del Regimiento de Patricios.

La expedición militar no se quedó en Córdoba, sino que siguió su camino hacia el norte, al Alto Perú. Todas las provincias del virreinato tenían

que estar informadas sobre lo que había pasado en Buenos Aires, y tenían que saber que iba en serio. Allá en el Norte, por la zona de Salta, un rico hacendado los ayudó con gente, caballos y víveres: se llamaba Martín Miguel de Güemes y había peleado contra los ingleses en Buenos Aires. Después de varios cambios, se decidió que el jefe de la expedición tenía que ser el mismo Castelli, porque nadie dudaba de su patriotismo. El único que no estaba del todo de acuerdo era su primo, Manuel Belgrano, que lo conocía demasiado bien.

—Le tengo mucha admiración, si lo dejan hablar es capaz de hacer levantar hasta las piedras contra esos *pesetones*. —Así llamaba a los españoles realistas.

—¿Y entonces? —retrucaba mi marido—. ¡Con más razón hay que mandarlo a Juanjo! Es lo que necesitamos, una voz que sirva para llevar a todas partes la revolución, para hacer que la gente se rebelle.

—Pero esta es una expedición militar. No se trata solo de hablar. En el Norte van a tener que pelear contra el ejército español. Y Juanjo no tiene ninguna experiencia militar —insistía Manuel.

—Bueno, pero ¿quién de ustedes tiene experiencia militar? —decía Esteban—. En esa son todos nuevitos...

—Queridos amigos, Juanjo es mi propio primo y no diría esto si no estuviera tan en confianza. Pero, para mi gusto, Juan José Castelli es un poco fanático. No solo no cree en Dios, sino que quiere obligar a todos a que piensen como él. No es la persona adecuada para dirigir un ejército en este país, donde la mayoría es creyente y religiosa.

El tiempo le daría la razón.

Expedición al Paraguay

Mis queridos nietos, hasta ahora les estuve contando lo que yo misma viví, mis propios recuerdos. Pero a continuación viene una parte de la historia de Manuel que no pude compartir en persona. Tengo que ir reconstruyendo lo que pasó con lo que me contaron. Solo estuve en la primera parte, cuando se tomó la decisión de que fuera al mando de la expedición al Paraguay. La que lloró sobre mi hombro fue su hermana Juanita, preocupadísima.

—Ya es un hombre mayor, ¡tiene cuarenta años! —me decía Juana.

—No es tan mayor —le contestaba yo—. Ahí está Saavedra, que tiene más de cincuenta y sigue dando trabajo.

—Trini, no es solo la edad. Manu nunca se queja, pero yo, que lo veo de cerca, sé lo mucho que está sufriendo con sus enfermedades y sus dolores.

¡Lo que menos quiero es verlo arriba de un caballo dirigiendo tropas!

En septiembre la Junta de Gobierno decidió nombrar general en jefe a su vocal Manuel Belgrano. Y lo enviaron a defender los pueblitos de Santa Fe y Corrientes, que atacaban los barcos realistas. Era muy importante que llegara hasta el Paraguay (que hasta el momento no había enviado representantes a la Junta), para llevar la palabra de la libertad y la independencia.

Manuel estaba orgulloso del nombramiento. Y lleno de ilusiones. Pensaba que sería fácil convencer a la provincia del Paraguay de lo mucho que le convenía sacarse de encima a los *pesetones* y ser parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Sin duda había allí muchos partidarios de la revolución que no estaban de acuerdo con el gobernador Velasco.

Manu, como siempre, quería dar el ejemplo. Por eso, sin quejarse (y tenía buenas razones), disimulando sus dolores, se calzó el uniforme de general y se preparó para partir. Era el hombre más responsable y más honesto del mundo, era inteligente y culto, pero ¿qué sabía de cómo conducir un ejército? Su única experiencia militar había sido

participar en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses. Él sabía de abogacía, de periodismo, de comercio, pero ¿general? ¿Desde cuándo? Y, sin embargo, no había otra posibilidad. ¿Acaso tenía la Junta militares con experiencia que al mismo tiempo fueran patriotas intachables, como Belgrano? No había. Lo cierto es que su familia estaba muy preocupada y también sus amigos... Y alguien más, de quien ya les hablaré.

Las órdenes que le dieron a Belgrano eran buenísimas pero imposibles de cumplir, aunque él todavía no lo sabía. Durante la expedición no tuvo tiempo de escribirles a sus amigos, pero Juana, Domingo y algún otro de sus hermanos sí recibían sus cartas de tanto en tanto, y me acuerdo de una que me mostró Juana donde Manuel, que estaba enfrentándose con la realidad, criticaba los planes de la Junta.

Son planes de cabezas acaloradas, ven solo lo que quieren conseguir y todo les parece fácil porque no se detuvieron a pensar, ni conocen los lugares adonde me enviaron.

Me contó Juana que, desde el principio, Manuel quiso vivir lo mismo que vivían sus soldados, no aceptó ninguna excepción y ningún lujo. Conociéndolo, no me extraña. Los oficiales, por una parte, lo admiraban, pero, por otra parte, protestaban un poco, porque pretendía que todos hicieran lo mismo que él y se las arreglaran con lo mínimo.

74

Ana María Shua

Ahora, mirando hacia atrás, no puedo creer las condiciones en que Belgrano aceptó partir hacia el Paraguay. ¡Con solo doscientos hombres mal armados! Se le fueron uniendo gauchos y paisanos de las zonas que iba atravesando, gente que le mandaban los gobernadores y alcaldes. Los mejores eran jóvenes llenos de patriotismo, pero sin ninguna instrucción militar. Ni hablar de los presos que sacaban de las cárceles para meterlos por la fuerza en el ejército. Iban armados con unas carabinas que a los tres o cuatro tiros quedaban inútiles. De todo y con detalles nos enteramos después en Buenos Aires, no solo por lo que nos contó Manuel, sino por el juicio que le hicieron, un asunto increíble sobre el que les voy a contar más adelante.

En Santa Fe fueron recibidos con alegría y emoción. Muchos patriotas donaron a la causa. Le

entregaron dinero, bienes, víveres para el ejército y, sobre todo, ¡caballos! Lo que más necesitaban. La Junta mandó más hombres del Regimiento de Patricios. Y una mujer viuda, muy patriota, doña Gregoria Pérez, puso su hacienda y su pequeña fortuna a disposición del ejército libertador.

Manuel no era militar de carrera, iba aprendiendo por el camino. Pero sí sabía administrar, por el negocio de su padre y su trabajo al frente del Consulado de Comercio. Un general tiene que ocuparse de muchísimas cuestiones, además de las batallas. Por ejemplo, tiene que pensar cómo darle de comer a toda esa gente al menos dos veces por día. Imagínense la cantidad de vacas que tenían que llevar con ellos, además de las que iban consiguiendo por el camino.

En Curuzú Cuatiá el general tuvo que dar la orden de que se fusilara a dos soldados que habían intentado desertar. Manuel había firmado como parte de la Junta la orden de fusilamiento de Liniers, pero esta vez no tenía con quién compartir la responsabilidad. Como general en jefe de ese modesto ejército, que ahora llegaba a mil hombres y dos cañoncitos chicos, fue él solo quien tuvo que decidir

la muerte de esos dos pobres desgraciados. Él mismo nos habló de ese momento tremendo en el que cambió su vida, el momento en el que comprendió que la lucha por la independencia era lo más importante, y todo lo demás, incluso las vidas humanas, quedaban un paso atrás.

Curuzú Cuatiá era un grupito de ranchos desperdigados. Manuel, que no podía con su genio, decidió convertirlo en un pueblo verdadero, con su trazado, su iglesia, su cabildo, su escuela... Donde iba se preocupaba por la educación de los niños, porque estaba convencido de que, con el paso de los años, las escuelas harían más que las armas por la verdadera libertad de nuestra gente. Por honesto, por justo, por decente y por patriota, todos sus oficiales y sus soldados le tenían mucho respeto. Por sus decisiones militares, no tanto. Manuel hacía lo mejor que podía, pero estaba aprendiendo, igual que todos los demás. De este lado del Paraná, Manuel se iba encontrando con valientes que querían formar parte del ejército. En un pueblo se le acercó un jovencito de doce años.

—Mi general, soy Pedro Ríos, ¡yo también quiero pelear por la patria!

Manu le sonrió, le acarició la cabeza y le dijo que no. Los niños tenían que estar en la escuela y no en el ejército. Entonces apareció su padre, un hombre mayor.

—Ya soy demasiado viejo para pelear —le dijo—. Pero no me prive de entregarle a la patria lo único que tengo.

El chico insistía con tanta desesperación que al fin Belgrano lo aceptó para que sirviera de lazarro a un oficial ciego. La gran ilusión de Pedrito, ya que no le entregaban armas, era tocar el tambor para animar al ejército patriota.

Traten de imaginarse lo que habrá sido esa marcha hacia Asunción, por caminos sin caminos, en medio de los esteros y pantanos, por terrenos desconocidos, sin mapas... Después nos contó Manuel que no siempre podía confiar en los baquianos y a veces tenía que adelantarse él mismo para ver cómo era el camino que los esperaba. En Buenos Aires todos estaban seguros de que el pueblo del Paraguay estaba con ellos y que los patriotas se unirían al ejército. Pero no pasaba nada de eso, al contrario, la población se retiraba y le dejaban los pueblos vacíos para que no tuvieran provisiones.

Los ríos y arroyos los tenían que cruzar en canoa o incluso a nado. Había yaguaretés, que no atacaban tanto a los hombres pero sí a las vacas que llevaban para comer, había arañas y víboras venenosas, y mosquitos que contagiaban enfermedades.

Llovía y llovía cuando llegaron a las orillas del Paraná y seguía lloviendo mientras trataban de cruzarlo. No tenían carpas para dormir secos, ni siquiera podían resguardar las armas. En esas condiciones, Manuel tuvo el coraje de mandarle una nota a Velasco, el gobernador del Paraguay, tratando de persuadirlo por las buenas de que se uniera a la revolución. De lo contrario, lo enfrentaría con las armas. "Mis tropas son superiores en entusiasmo, porque defienden la causa de la patria", le escribió. La verdad es que el coraje es lo único que tenía en ese momento nuestro amigo Belgrano. Al oficial que llevó la nota, el gobernador del Paraguay le mandó a poner cadenas y lo metió preso sin más trámite.

Era diciembre de 1810 cuando tuvieron el primer enfrentamiento, el combate de Campichuelo, en el que triunfaron las fuerzas patriotas. Pero después... ay. Después vino Paraguay.

Para la batalla de Paraguarí el gobernador mandó a un general que sí tenía experiencia en la guerra y, además de experiencia, tenía diez veces más soldados. Es asombroso que el modesto ejército patriota pudiera resistir a los siete mil paraguayos que se les echaron encima. Manuel se dio cuenta de que era mejor retirarse para que no los destruyeran. Fueron retrocediendo hacia el río Tacuarí, en una posición más protegida, donde se instalaron para esperar refuerzos de Buenos Aires. Allí los atacaron.

La batalla de Tacuarí fue tremenda. Con los demás tambores, Pedrito tocaba con alma y vida su instrumento. Catorce horas duró la terrible pelea en la que más de la mitad de los soldados dieron su vida. Pedro batía el parche del tambor, animando a todos a lanzarse una y otra vez a la lucha. ¡Solo dos tiros de fusil en el pecho lograron hacer callar al valiente tamborcito de Tacuarí! Manuel ya era un hombre fogueado cuando me contó esta historia, pero todavía se le llenaban los ojos de lágrimas pensando en ese chiquilín que representaba para él todo el valor y el entusiasmo con el que pelearon sus soldados por defender a la patria.



Y así habrá sido, porque cuando se rindieron, el mismo general enemigo, que podría haber destruido o tomado prisioneros a los pocos sobrevivientes, los dejó partir, un poco como muestra de respeto y otro poco por miedo a esos locos capaces de jugarse la vida aun sabiendo que la perderían.

Así terminó la expedición al Paraguay. Sin duda fue una derrota, pero no es tan seguro que haya sido un fracaso. Porque solo dos meses después de que se fuera Belgrano con sus tropas, los patriotas paraguayos depusieron al gobernador Velasco y formaron una junta propia, como las que ya había en tantos otros lugares de América.

Injustamente acusado y también...

Mientras Manuel estaba peleando en Paraguay, aquí, en Buenos Aires, cambiaba todo. Empezaron a llegar representantes del interior a la Primera Junta, que se convirtió en la Junta Grande. Un desastre. Si ya era complicado tomar decisiones para una Junta de nueve personas, ¡imágínense cuando se hicieron más de veinte! A Mariano Moreno, tan amigo de Belgrano, no le fue nada bien. Saavedra, que siempre estaba en contra de todo lo que él decía, salió ganando. Moreno decidió irse por el momento a Inglaterra como enviado de la Junta para convencer a los ingleses de que reconocieran a nuestro gobierno. Un tiempo después nos enteramos de que había muerto en alta mar, de una manera bastante difícil de explicar.

Belgrano había empezado como general sin ninguna experiencia militar, pero ¡cómo y cuánto

había aprendido! Entre otras cosas, se daba cuenta de que sin orden y sin disciplina nuestros ejércitos no podrían triunfar. Por más patriotismo y más entusiasmo que tuvieran las tropas, necesitaban uniformes, caballos, armas y, sobre todo, buenos oficiales, capaces de mantener el orden, de hacerse obedecer y dar el ejemplo de buena conducta.

84

Ana María Shua

La Junta Grande lo mandó con lo que quedaba del ejército a la Banda Oriental, donde había graves problemas, porque allí estaba Elío, el ultimísimo virrey nombrado en España, que nunca pudo llegar a Buenos Aires y se hizo fuerte en Montevideo. Manuel se dio cuenta enseguida de que allí había muchísimos patriotas dispuestos a enfrentar a los realistas. Pronto consiguió que la gente del campo lo siguiera y a Elío le quedó solo la ciudad. En esas estaba cuando recibió la orden de entregar el mando y volver inmediatamente a Buenos Aires, ¡para ser juzgado! ¿No es increíble? Habían decidido hacerle un juicio por su derrota en la expedición al Paraguay... ¡Nada menos que a nuestro Manuel Belgrano! En fin, como si hubiera perdido a propósito. O por inútil.

Manuel nunca opinó ni se metió en las peleas políticas que había en Buenos Aires. Él consideraba

que tenía que haber un gobierno central y a ese gobierno obedecía, fuera cual fuera. Cuando la Junta Grande decidió juzgarlo, allá fue, a sentarse por su propia voluntad en el banquillo de los acusados, por más injusto que considerara ese juicio.

Tanto los oficiales del ejército como los vecinos de varios pueblos de la Banda Oriental escribieron a la Junta protestando porque se llevaban de esa manera a su general, que tuvo que entregar el cargo. Todos decían lo mismo: que el general Belgrano era el hombre más confiable, decente, honesto, valiente y capaz que podía existir.

“Necesitamos aquí al señor Belgrano. Nadie como él para luchar por la libertad. Nuestros enemigos le temen, pero también lo admirán por su valor y por su rectitud”. De una manera o de otra, eso era lo que decían todos.

En Buenos Aires, Manuel se encontró con una situación difícil. Muchos de sus amigos habían sido enviados al destierro. Mientras él solo pensaba en la libertad de la patria, los demás no hacían más que pelearse por el poder. (Eso no cambió tanto). Lo recibimos en casa con mucho cariño, haciéndole saber que no éramos los únicos que estábamos a su favor.

También lo recibió con mucho cariño alguien a quien Manuel hacía mucho tiempo que no veía: era Pepita Ezcurra, esa muchachita que visitaba con su padre el Consulado, de la que Manuel se había enamorado hacia tantos años. Y que ya no era una tímida jovencita de diecisiete. Pero tampoco era del todo una mujer casada...

Lo que le sucedió a María Josefa fue algo bastante insólito. Pero hay que considerar que estábamos viviendo una revolución: ¡todo lo que pasaba era insólito! Las familias estaban cambiando, la forma de vivir era otra, los hombres y las mujeres ya no tenían los mismos papeles que en la pacífica vida colonial. El marido de Pepita era español. Nunca se había llevado bien con su mujer. Cuando se declaró la Revolución de Mayo, no creyó ni por un momento que la Primera Junta estuviera representando de verdad a Fernando VII. Igual que todos, se dio cuenta de lo que estaba pasando. Como español, como partidario del rey y de España, no estaba en absoluto de acuerdo con que hubieran derrocado al virrey.

—¡Eso es indignante, es una vergüenza, es una catástrofe! —gritó en su casa. Sus amigos españoles, por supuesto, lo apoyaban—. No voy a soportar este

gobierno de infelices que se creen más de lo que son. Nos quieren engañar, pero yo sé bien que esto es una revolución. ¡Pepita, a preparar baúles y maletas, porque nos vamos a España!

—No —contestó María Josefa.

—Que sí, mujer, que nos vamos cuanto antes.

Si a Juan todavía le quedaba alguna duda sobre el carácter de su mujer, muy pronto desapareció.

—Pues yo me quedo. ¡Claro que sí, esto es una feliz revolución! ¡Yo soy americana y estoy muy orgullosa de serlo!

En resumen, que el marido se fue para siempre a su Pamplona natal, y Josefa se quedó en Buenos Aires, ni soltera, ni viuda, ni casada. Y recordando a su primer amor: su querido Manuel Belgrano.

Jamás me habría enterado de lo que pasó entre ellos si hubiera sido por Manuel. Por lo que les conté hasta ahora, se habrán dado cuenta de que era el hombre más discreto del mundo. Fue la misma Pepita la que me contó, con los ojos brillantes de alegría, que se habían vuelto a ver. Era una relación muy complicada, porque para la Iglesia y para los vecinos, María Josefa Ezcurra de Ezcurra seguía siendo una mujer casada, y Manuel cuidaba

muchísimo que nadie pensara mal de ella. Pero se veían. Josefa estaba feliz. Y a Manuel lo ayudaba un poco de felicidad mientras esperaba el resultado del juicio, con el sufrimiento que le causaba una acusación tan injusta.

Lo cierto es que para seguir adelante con el proceso, se publicaron varios bandos pidiendo a los oficiales que habían peleado con Manuel en el Paraguay, que se presentaran a declarar. Lo único que se obtuvo fueron declaraciones a su favor. Sus subordinados lo elogiaban y aplaudían por sus decisiones, por su coraje, por su firmeza.

Todo el mundo estaba a favor de Belgrano. Certo día, un representante del gobierno fue a hablar con él.

—Don Manuel, tengo el honor y la alegría de informarle que la Junta ha decidido confiarle una misión diplomática en Asunción.

En lugar de alegrarse, como esperaba el enviado, Belgrano se indignó, como nos contó ese mismo día a mi marido y a mí.

—¡Pero qué disparate sin sentido! —le gritó, muy enojado—. ¿Cómo voy a representar a las Provincias Unidas mientras todavía me están juzgando?

—Yo... yo... yo... yo no sé... llevaré su respuesta a la Junta...

—Dígales que usen la cabeza. No puedo ir en misión diplomática a ninguna parte si antes no me declaran inocente y no me devuelven mi rango militar.

Y así se hizo, por supuesto, dejando bien claro el “reconocimiento de la patria” a tan “benemérito patriota”... a quien mientras tanto habían hecho pasar las mil y una acusándolo de inútil y de cobarde.

Entretanto, en Paraguay, habían volteado al gobernador Velasco, contra el que había peleado Manuel. Ahora tenían un gobierno revolucionario. A Belgrano y otro diplomático los mandaron a Asunción con la misión de convencer a los paraguayos de que obedecieran al gobierno de Buenos Aires. ¡Misión difícil, por no decir imposible! Pero al menos consiguieron firmar un tratado de amistad y colaboración, que fue importante.

Ya estábamos en noviembre de 1811, disfrutando de una hermosa primavera, cuando Manuel volvió a Buenos Aires. ¡Otra vez había cambiado el gobierno! Ahora, en lugar de Junta Grande, teníamos un Triunvirato. Y ese Triunvirato lo nombró jefe del Regimiento de Patricios.

Cuando Manuel aceptó el cargo, lo primero que hizo, para variar, fue renunciar a la mitad de su sueldo, a pesar de nuestros consejos en contra. No era tanto dinero y a los Belgrano ya no les sobraba.

—Vas a tener que vestirte, comer, vivir... todo cuesta —le insistíamos. Pero Manuel era así, y todavía se disculpaba por aceptar una parte del sueldo y no poder donarlo todo a la revolución.

En esa época los hombres del regimiento usaban el pelo largo, atado en unas trenzas muy coquetonas, sostenidas por una redecilla. Cuando se dio la orden de cortarlas, estalló el motín. No fue una tontería: hubo tiros, cañonazos, murieron ocho personas de las que atacaban el cuartel sublevado. ¡Otra vez estábamos matándonos entre nosotros en lugar de luchar por la libertad!

Si había algo que Manuel no estaba dispuesto a soportar era la indisciplina. El motín fue sofocado, todos tuvieron que cortarse la famosa trenza y el regimiento perdió el nombre de Patricios. Los principales implicados fueron juzgados y poco después se los fusiló. Los cadáveres se colgaron en la Plaza de Mayo, qué salvajada. Entiendo que los oficiales rebeldes merecían el castigo, entiendo que

un ejército que no obedece las órdenes de sus jefes no sirve para nada, pero... ¡ensañarse con los cadáveres! Esa sí que no fue una orden de Manuel. Así se terminó la linda primavera. No se puede creer las cosas que son capaces de hacer los hombres.

¡Por fin tenemos bandera!

El año 1812 empezó triste para nuestro amigo Manuel, a pesar de las secretas alegrías del amor. A principios de año murió su querido primo y amigo Juan José Castelli de una manera demasiado dolorosa. No se puede creer que hayan sido tan amigos siendo tan diferentes: Manuel, cristiano, y Juanjo, ateo del todo. Pero los unía la infancia y, sobre todo, el amor a la patria y a la libertad. Para Manuel fue un golpe duro.

Para entender la siguiente misión que le encargaron, hay que saber cómo era la situación sobre el Paraná: una calamidad. No teníamos una verdadera flota naval y las poblaciones a las orillas del río soportaban todo el tiempo las incursiones de los buques de guerra que venían desde Montevideo. Los marinos realistas saqueaban, se apoderaban de barcos mercantes, dejaban pasar a los suyos y, lo

que es peor, se daban el lujo de cortar la navegación por el Paraná cuando se les daba la realísima gana. El Triunvirato le ordenó a Belgrano que fuera hasta el pueblecito de la Capilla del Rosario, bastante maltratado y despoblado por la guerra, y que levantara allí dos baterías. Esteban, mi marido, me lo explicó en detalle: había que armar dos galpones grandes, uno en cada orilla, y en cada galpón instalar los cañones (eso eran las benditas baterías: dos grupos de cañones) de modo que dominaran el paso del río y ningún barco realista pudiera atreverse a avanzar por allí, porque lo iban a cañonear por los dos lados.

El Paraná es demasiado ancho para que sea útil poner cañones en cada orilla, pero justo en ese lugar había una isla que resultaba perfecta para lo que se necesitaba.

Como bien lo saben, mis queridos nietos, mi hijo mayor, para ustedes el tío Joaquín, decidió unirse al ejército y partir como oficial al mando de Belgrano. Hoy todos estamos muy orgullosos de él, pero en ese momento yo solo podía pensar en que mi hijo se iba a la guerra y lo podían matar en cualquier momento. Le pedí a Manuel que me lo cuidara, pero él sonrió con tristeza.

—No puedo mentirte, Trini. Te aseguro que lo voy a tener cerca, pero por lo demás, no estoy en condiciones de prometerte nada. Estamos en guerra.

—Pero por qué justo mi hijo...

—Todos mis soldados, todos mis oficiales tienen madres. Tu hijo es un hombre de dieciocho años, es un mozo inteligente, sensato y, sobre todo, dispuesto a obedecer órdenes. Eso es lo que hace la diferencia entre un ejército y un grupo de revoltosos. Ojalá tuviéramos más oficiales como Joaquín —me dijo Manuel.

Partieron con Belgrano el Regimiento de Patricios y el Batallón de Castas (el de Naturales, Pardos y Morenos). ¡Lo que habrá sido esa marcha hacia el Norte en pleno verano! Salieron en enero. Marchaban desde el amanecer hasta cerca del mediodía. Después recién volvían a salir a la tardecita, cuando caía el sol, porque avanzar en las horas más calurosas, a pie o a caballo, era imposible. Mis niños fueron a despedir a Joaquín y lo que más comentaron fue cómo transpiraban los soldados en sus uniformes. No es solo el calor, en Buenos Aires hay muchísima humedad.

En unos pocos días llegaron al lugar donde había que instalar las baterías y comenzaron a construirse los galpones. Sabiendo que yo me había quedado tan afligida, Joaquín me escribía todo lo que podía. Por suerte, el sistema de postas funcionaba bien y el correo no se interrumpió durante la guerra.

96

Ana María Shua

En solo un mes consiguieron colocar los cañones en las dos orillas. Unos altos y otros bajos, para hacer tiros rasantes, me explicaba Joaquín, que estaba entusiasmado. No había suficientes casas ni galpones para que durmieran los soldados, que se las arreglaban con unas carpas mal hechas, pero al menos encontraron un galpón grande que servía para proteger la munición de la lluvia. Por otro lado, la gente del Rosario se portaba con un patriotismo que ojalá hubieran tenido todos en nuestra tierra. Se formó una milicia de setenta voluntarios, ¡en ese pueblecito tan pequeño! Se sumó gente del campo, de los alrededores. Manuel tenía una energía, un entusiasmo, un amor por la patria que contagiaba a todo el que estuviera cerca. Los milicianos hacían prácticas con lanzas y espadas. También aprendían a moverse a caballo todos

juntos, en orden de formación. Las mujeres lavaban y cosían la ropa de los hombres y cocinaban para alimentar al ejército.

Me contó mi hijo Joaquín que en esos días Manuel le había escrito al Triunvirato pidiendo permiso para que los soldados y oficiales pudieran usar la escarapela celeste y blanca. Explicaba en su carta que era muy importante por dos razones: por un lado, no podían seguir usando la misma divisa que usaba el enemigo corriendo el riesgo de matarse por error entre ellos. Por otro lado, había varios regimientos dentro del ejército patrio que estaban enfrentados y cada uno usaba una escarapela distinta. (Qué raro, ¿no? ¡Siempre peleándonos entre nosotros!). Belgrano sabía que la unión nacional era lo más importante: basta de tonterías y todos con la misma escarapela. El Triunvirato lo entendió y dio autorización.

Basándose en que ahora se podía usar la escarapela, Manuel decidió que era tiempo de que nuestro ejército tuviera también su propia bandera. Y aquí es donde quiero mostrarles la carta que me mandó el tío Joaquín.

Mis muy amados y respetados padres:

¡Por fin tenemos bandera! Es azul y blanca, como la escarapela, y no puedo explicarles con palabras lo que siente mi corazón cuando la veo ondear fuerte y hermosa al frente de nuestras tropas. Era absurdo que lucháramos contra los chapetones con la misma bandera que usan ellos.

Tengo que relatarles cómo fue el momento en que se enarboló por primera vez. ¡Se me hace un nudo en la garganta al recordarlo! Fue ayer al atardecer, a la orilla del Paraná. A las seis y media de la tarde, los rayos del sol nos alargaban las sombras. El general Belgrano ordenó que la bandera subiera hasta el tope del mástil. Un vientecito que venía del río la hacía flamear de una manera que nos entibiaba el alma. Los cañones de la bataría Independencia dispararon salvas en su honor: ¡era nuestra bandera! Me gustaría repetirles las palabras de mi general:

“Soldados de la patria, ya tenemos la gloria de vestir la escarapela nacional. Ahora, juremos vencer a nuestros enemigos para que América del Sur sea el templo de la independencia y la libertad. ¡Viva la patria!”.

El grito que brotó de nuestras gargantas fue enorme, cargado de emoción. “¡Viva la patria!”, gritamos todos.



Les aseguro que más de un hombre grande tenía lágrimas en los ojos. Mis queridos padres, sé que estoy dispuesto a defender y a proteger con mi propia vida esta bandera de la que estoy tan orgulloso.

Su hijo, que los quiere

Joaquín Rojas Caunedo

100

Ana María Shua

Lo increíble es que el Triunvirato no estuvo de acuerdo. Consideraban que por razones de política internacional nos convenía seguir fingiendo que obedecíamos al rey de España. Inglaterra ahora era aliada de España contra Napoleón, y no querían que nos retirara su apoyo. Así como había autorizado la escarapela, el gobierno se negó a aceptar la bandera. Y mandó un mensaje con un tremendo reto a Manuel, diciéndole que hiciera pasar esa locura de la bandera propia por un momento de entusiasmo personal, y la guardara para más adelante. ¡Hasta le mandaron una bandera española, roja y amarilla, igualita a la que usaban los barcos contra los que tenía órdenes de combatir! Hoy ya sabemos que la bandera que Belgrano creó, nuestra bandera azul y blanca, fue a libertar Chile, llevada por el general San Martín al frente del Ejército de

los Andes, del que todos estamos tan orgullosos. Hoy esa bandera, nuestra querida bandera, está luchando todavía por la libertad de los peruanos.

De todos modos, Belgrano no recibió ese mensaje hasta mucho tiempo después porque se tuvo que ir del Rosario. Es que lo habían nombrado jefe del Ejército del Norte. Joaquín, que estaba cerca de él, me contó que Manuel, siempre listo para obedecer las órdenes del gobierno, estaba otra vez tan enfermo que ni siquiera podía montar. Una parte del viaje la tuvo que hacer en un coche viejo, todo desvencijado, lo único que le pudieron conseguir, mientras el segundo jefe se hacía cargo de las tropas.

A mediados de marzo de 1812 llegó con dos ayudantes a Tucumán y allí le entregaron un ejército que no era ningún ejército sino un montón de hombres mal armados, mal vestidos, sin ninguna disciplina. Con pocos caballos y nada de artillería. ¡Y desde el Alto Perú, los realistas se nos venían encima!

El éxodo jujeño

Manuel se hizo cargo como pudo de ese mal llamado ejército cuyo mando le entregaban. Para darles una idea, tenían seiscientos fusiles ¡con solo veinticinco balas cada uno! Comenzó a trabajar como de costumbre: imponiendo el orden y la disciplina que podrían llegar a convertir a esos hombres, llenos de buena voluntad pero sin organización, en un ejército verdadero. Ahora tenía mucha más experiencia que cuando fue la expedición al Paraguay. Era muy severo con los oficiales, me contó Joaquín, porque consideraba que tenían que dar el ejemplo en todo sentido, y aprender a conducir a sus hombres. A la noche dormía muy poco (siempre tuvo insomnio) y más de una vez se vestía de paisano para visitar de sorpresa a sus oficiales y asegurarse de que estaban cumpliendo sus órdenes de acostarse temprano, sin juergas, alcohol o juegos de cartas cuando no correspondía.

Pero ¿saben quién dirigía los ejércitos realistas? Nada menos que un viejo amigo de Manuel. No sé si se acordarán de lo que les conté en una de las primeras páginas. Cuando Manuel estuvo en Madrid, se había hecho muy amigo de un mocito americano que se llamaba Pío Tristán y habían vivido juntos muchas aventuras de juventud. ¡Ahora Pío y su primo Goyeneche, a quien también conocía Belgrano, dirigían el ejército del enemigo! Manuel le comentó a mi hijo Joaquín que le estaba escribiendo a su viejo compañero de estudios. Tenía la idea (que demostró ser solo una fantasía) de que siendo amigos y americanos podrían ponerse de acuerdo sin luchar. Tristán y Goyeneche habían nacido en Arequipa. Yo creo que en el fondo tenía la ilusión de que los iba a convencer de pasarse de bando, pero no hubo nada que hacer.

Entretanto seguía intercambiando correspondencia con María Josefa. Para no comprometerla ante los ojos de la sociedad, le escribía a mi casa. Con lágrimas en los ojos Pepita me mostró un día una carta de Manuel en la que le contaba algo de sus padecimientos físicos.

—Lo conocés a tu amigo —me dijo—. Es capaz de soportar cualquier cosa sin quejarse. Para que

me cuente esto, debe estar sufriendo muchísimo. ¡Tengo que estar a su lado! Me necesita.

—¿Qué locura estás pensando, María Josefa? —le dije yo, que la conocía y sabía de lo que era capaz.

Fue inútil tratar de persuadirla. Sin decirle nada a Manuel, con la idea de darle una sorpresa, Pepita hizo su equipaje y subió a uno de los coches de la Mensajería del Tucumán. El viaje tardaba un mes. No quiero pensar en qué estado de agotamiento habrá llegado... Y no lo encontró.

Manuel no está aquí, me voy a buscarlo a Jujuy, decía un mensajito muy breve que me mandó desde Tucumán.

¡Cómo habrá sido ese encuentro! Me imagino los sentimientos en conflicto de Manuel. Por una parte, la enormísima alegría de reencontrarse con su amor, esa mujer con la que jamás podría casarse mientras su marido estuviera vivo. Por otra, la preocupación que debía sentir por el bienestar de María Josefa, que no estaba acostumbrada a las penalidades de la guerra. Y lo más grave para él, la idea de que no era este el ejemplo que debía darles a sus oficiales y a sus soldados. Manuel exigía muchísimo de los demás, pero no exigía más de lo que él mismo estaba dispuesto a dar.

En Jujuy, el 25 de mayo de 1812, volvió a flamear la bandera de la patria. Belgrano todavía no había recibido la orden del Triunvirato de esconderla. La población y los soldados estaban enloquecidos de entusiasmo y emoción patriótica. Manuel hizo bendecir la bandera por el canónigo de la catedral. La gente lo quería también por eso, por ser tan fervoroso cristiano. Los españoles le habían hecho creer a la gente del Norte y del Alto Perú que los porteños eran todos ateos y querían terminar con el catolicismo. Habían logrado convencer a buena parte del pueblo de que la guerra a favor de España era una guerra santa en defensa de la religión. Por eso era importantísima la conducta de Manuel, que todos los días hacía dar misa para el ejército, les repartía escapularios a sus soldados y, antes de dar batalla, ponía a toda su tropa a rezar el rosario en público.

Goyeneche, el que había sido en su momento el simpático primo de su amigo Tristán, se había convertido en el más cruel y sanguinario de los generales realistas, aunque él mismo fuera americano. Después de saquear la ciudad de Chuquisaca, en el Alto Perú, mandó a Pío Tristán con cuatro mil hombres hacia Salta y Jujuy.

La situación era muy mala para el ejército de la patria, que todavía se estaba reorganizando. Con pocos hombres, sin tener siquiera pólvora suficiente para usar sus armas, Belgrano decidió que había que retirarse hasta Tucumán. Pero como sabía que el ejército de Tristán llegaría a Jujuy desesperado de hambre y de sed, después de atravesar montes y desiertos, se le ocurrió una jugada muy inteligente. No solo tenían que retirarse los soldados, ¡el pueblo entero de Jujuy debía irse de allí! Había que dejar tierra arrasada para que los enemigos no pudieran proveerse de nada de lo que necesitaban.

Según Joaquín, el bando que hizo público Manuel para ordenar que la gente se fuera de Jujuy era severísimo. Todos, absolutamente todos, estaban obligados a irse: hombres, mujeres, chicos. Había que llevarse el ganado, las reservas de charqui y hasta los objetos de hierro. Los labradores tenían que levantar las cosechas y acarrear el grano, los comerciantes tenían que enfardar todos sus bienes y cargar con ellos. Tenían que dejar las casas vacías, limpias de todo lo que pudiera servir de algo al enemigo. El que no cumpliera las órdenes sería fusilado inmediatamente por traidor a la patria.

Manuel y Pepita se llevaban mal.

—Pepita, tendrías que entender que en esta situación estaría mucho más cómodo si no estuvieras aquí. No puedo protegerte ni ocuparme de tu bienestar en medio de la guerra.

—Pero yo no necesito nada, Manuel. Solo verte... Y cuidarte...

108

—Pensar en mi salud es un lujo que no me puedo dar. ¡Mi primera responsabilidad es con mi patria y con su pueblo!

Un día de agosto de 1812, a las cinco de la tarde, el pueblo entero de Jujuy se puso en marcha. Hombres, mujeres, niños, bebés de pecho, ancianos que ya no podían caminar... Movilizaron todos los caballos y las mulas disponibles. La gente se llevaba hasta las sillas, los catres, los trapos, la ollas de hierro... Los gauchos iban arreando las vacas y las ovejas como podían. Estaban usando todos los carros, carritos, carruajes, carretas y carretillas que se podían conseguir. Me lo contó Joaquín, me lo contó Pepita, me lo contó el mismísimo Manuel, lleno de orgullo y de cariño por el patriotismo del pueblo jujeño, pero igual no puedo entender cómo esa gente logró hacer en cinco días las cincuenta leguas que los separaban de Tucumán.



Su hora más gloriosa

Manuel había mandado por delante a uno de sus mejores oficiales para que intentara reunir en Tucumán un cuerpo de caballería formado por voluntarios. Cuando llegó, ya en septiembre, se encontró con un grupo de cuatrocientos hombres montados, bien entrenados... pero armados solo con lanzas. No tenían armas de fuego. Estaban vestidos con la ropa que tenían: puros trapos. La pobreza del ejército era tremenda y no les mandaban suficiente auxilio desde Buenos Aires.

Lo peor de todo fueron las órdenes que recibió del Triunvirato, donde era secretario su amigo de la infancia, Bernardino Rivadavia. ¡Debía entregar Tucumán a los realistas y retroceder con el ejército hasta Córdoba! ¡Era una locura! Solo a gente que daba órdenes desde tan lejos se le podía ocurrir una cosa así. El gobierno tenía miedo de

las consecuencias si enfrentaban a los realistas y perdían la batalla. En ese caso, los enemigos podrían apoderarse del ejército, de sus armas, de la artillería, sobre todo, que era tan cara y tan difícil de conseguir. Y hasta de los soldados. Porque hay que reconocer que cuando la cosa venía fea, muchos soldados se pasaban de un bando al otro, era la única manera de sobrevivir. Nosotros, por Joaquín, teníamos noticias de primera mano. Llevados por el entusiasmo de nuestro hijo, tan joven y tan patriota, estábamos convencidos de que se podía pelear y ganar.

—Bernardino —le dijo mi marido a Rivadavia—, ¿cómo se te ocurre regalarles Tucumán a los chaperones? ¿No te enteraste de lo que hacen cuando derrotan una ciudad que está por la causa americana? ¿Cómo roban, saquean y asesinan sin piedad?

—Mucho peor sería la situación si nuestro amigo Manuel perdiera la batalla. Y para mí, lleva las de perder. ¡Ahí sí que nos quedariamos sin nada! —le contestó, muy convencido, Rivadavia.

A todo esto, en Tucumán la gente comentaba que los iban a dejar abandonados. Vaya a saber cómo, se enteraron de las órdenes del Triunvirato de

retroceder hasta Córdoba. ¡Todo se sabe! Un grupo de vecinos destacados fue a rogarle a Belgrano que resistiera, estaban dispuestos a ayudarlo en todo lo que necesitara. Tenían terror de que los realistas se apoderaran de la ciudad y se vengaran de la gente que había colaborado con el ejército patriota.

Manuel no dormía de noche, me contó después Pepita. Para él, siendo quien era, la decisión resultaba muy difícil. Desobedecer una orden de su gobierno le parecía lo peor del mundo, un desastroso ejemplo. Tampoco podía estar seguro de que fuera a triunfar. De hecho, hasta ese momento, había perdido todas las batallas en las que había participado. Pero, desde la expedición al Paraguay, había aprendido mucho. De a poco se iba convirtiendo en un general de verdad. Y retroceder hasta Córdoba no era lo peor del mundo: era lo peor del infierno. Por primera y última vez en su vida, Manuel Belgrano desobedeció una orden de sus superiores.

El 24 de septiembre, a la mañana temprano, Manuel fue a rezar ante el altar de la Virgen de las Mercedes. Después, se preparó para la lucha. Su examigo, Pío Tristán, estaba formando su ejército en batalla frente a la ciudad.

La lucha fue feroz. Era difícil tener una idea general de lo que estaba pasando, los mensajeros iban y venían con información que siempre llegaba con atraso. La situación ya era bastante confusa cuando una inmensa bandada de langostas oscureció el cielo y bajó a posarse sobre los pajonales, en medio de la batalla. ¡Como si estuvieran envueltos en un nubarrón de tormenta, no se veía nada, solo langostas, langostas y langostas por todas partes! El caos era tan grande que al principio Manuel creyó que había perdido la batalla.

Recién cuando se despejó un poco el campo y comenzaron a verse todos los cadáveres y los despojos del ejército español, recién cuando empezaron a llegar las últimas informaciones, recién cuando, varias horas después, Belgrano consiguió reorganizar sus tropas, se dio cuenta de que las armas patriotas habían ganado la gloriosa batalla de Tucumán. ¡Y cómo! Entre muertos y prisioneros, los realistas habían perdido más de mil hombres, mientras que entre los nuestros había solo ochenta muertos y doscientos heridos.

Queridos nietos, para qué les voy a contar la que se armó en Buenos Aires cuando llegaron

las noticias. A ese Triunvirato nadie lo quería y el error que habían cometido con la orden de abandonar Tucumán fue demasiado. Hubo una revuelta en la que participó todo el mundo, hasta ese joven militar de acento andaluz, recién llegado de España, al que casi no conocíamos, un tal Pepe San Martín, que se había casado hacia poco con Remedios, la chiquita de los Escalada. Un nuevo Triunvirato se hizo cargo del poder. Sin proponérselo, Manuel había hecho caer al gobierno.

Los tucumanos estaban agradecidísimos al general. Hicieron lo posible y lo imposible por proveer al ejército de hombres, provisiones, uniformes y todo lo que pudiera necesitar. El nuevo gobierno estaba formado por hombres que conocían y estimaban a Manuel y que estaban llenos de admiración por su triunfo. Le otorgaron un nombramiento honorífico, que rechazó, como hacía siempre que algo le parecía inútil y costoso para el país. Pero también recibió algo que para él era mucho mejor que cualquier título: la autorización para desplegar la bandera azul y blanca.

En enero de 1813 el calor era infernal y llovía todo el tiempo. En sus cartas Joaquín no hacía más que quejarse de lo incómodos que estaban.

Los realistas, por su lado, se habían quedado muy tranquilos en Salta, convencidos de que nadie podría atacarlos en esa época del año porque era imposible avanzar: los caminos estaban intransitables. ¿Qué mejor momento para enfrentarlos?, se dijo Manuel. Y allí fue, con sus tres mil hombres, hacia Salta.

116

Ana María Shua

En febrero de 1813, al cruzar el río Pasaje, por fin Manuel pudo darse el gusto de hacer que todo el ejército jurara la bandera. Le habló a su gente como solo él sabía hacerlo y, sacando su espada, la colocó formando cruz con el asta de la bandera para que hicieran su juramento uno por uno.

La batalla fue durísima y empezó en desventaja. Pero después de tres horas de lucha a muerte, ¡ganamos! Habían muerto como quinientos realistas, contra ciento y algo de los nuestros. El campo estaba sembrado de cadáveres vestidos de rojo y amarillo. Tristán comprendió que no tenía sentido seguir resistiendo y decidió rendirse. Belgrano aceptó dejarlos ir, a condición de que se fueran hasta Tupiza, una ciudad del Alto Perú, que entregaran todas las armas, la artillería y las municiones, devolvieran a los prisioneros, y que todos los oficiales juraran nunca

más volver a tomar las armas contra las Provincias del Río de Plata. Así se consiguieron diez cañones y más de dos mil fusiles, que el ejército patriota necesitaba desesperadamente.

Mi queridos nietos, ustedes habrán escuchado por aquí, en Buenos Aires, muchas críticas al general Belgrano por haber tenido la ingenuidad de creer que los realistas iban a cumplir con su juramento. No lo crean. Manuel era un hombre que no mentía, pero eso no lo convertía en un inocente con respecto a los demás. No era tonto y sabía perfectamente que la promesa no se cumpliría, pero, como él mismo nos explicó después, ¿qué hubiera hecho en Salta con tres mil prisioneros a los que habría que custodiar, movilizar y, sobre todo, dar de comer? Habría sido una locura. Es cierto que dejó libre a su jefe, a Tristán ni siquiera le aceptó la espada y en cambio lo abrazó al despedirse, como un viejo amigo. Pero hay que decir que no se equivocó tanto, porque Tristán cumplió su promesa, y nunca volvió a pelear contra las Provincias Unidas. Claro que no se podría decir lo mismo de los demás oficiales.

El triunfo de Salta fue importantísimo, porque frenó el plan de los realistas, que era atacar Buenos

Aires desde el Alto Perú por el norte, desde Chile por el oeste y desde Montevideo por el sur. Si les salía, ese movimiento de pinzas podría haber terminado con la revolución. En ese 1813 la Asamblea General Constituyente le otorgó a Manuel como premio por su triunfo un sable con guarnición de oro y cuarenta mil pesos. Si lo que les conté hasta ahora les ha servido, queridos nietos, para ir conociéndolo un poco a nuestro vecino Belgrano, se imaginan lo que pasó. Aceptó el dinero con la condición de que fuera destinado a la creación de cuatro escuelas en Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero. Ya pasaron siete años y, que yo sepa, de esas cuatro escuelas no se construyó ni una...

A todo esto la vida privada del general se había vuelto muy complicada. No se llevaba nada bien con María Josefa, que insistía en estar siempre presente y a su lado, lo que muchas veces no era conveniente ni aconsejable. Pero además, en ese año, la pobre-cita se quedó embarazada. La vida militar no era lo más adecuado para una mujer en ese estado... Ella era una muchacha fuerte y decidida. Eligió la separación y viajó a Santa Fe, para tener a su bebé en secreto en la estancia de unos amigos. Hasta allí

viajó su hermana Encarnación, para asistirla y para hacerse cargo de la criatura. Encarnación y su marido, Juan Manuel de Rosas, adoptaron al bebé, un varoncito, para que Pepita pudiera estar cerca de él y criarlo sin que nadie la acusara de haber sido madre en su especial condición de mujer casada con marido ausente. Me dijo Pepa que su hermana y su cuñado le prometieron que cuando el chico cumpla la mayoría de edad le van a contar la verdad: que es hijo del gran general que triunfó en Tucumán y Salta. Y lo van a dejar usar su apellido.

Su hora más difícil

Han pasado varios días desde que relaté la victoria de Salta y es tan triste lo que sigue que no tengo ganas de escribirlo... Me demoro contestando cartas, bordando un almohadón, haciendo postres como la ambrosía que probaron el otro día... (mi marido y ustedes, mis nietos, contentísimos con mi cambio de actividad). No les voy a decir ninguna novedad, todos saben lo que pasó en Vilcapugio y Ayohuma. Pero yo les quiero contar cómo se comportó Manuel en esa situación. Porque este hombre, del que tuve el privilegio de ser amiga, fue tan grande en la derrota como en la victoria y no es posible que se olvide algo así.

Después del triunfo de Salta, había que seguir hacia el Alto Perú, para tratar de desbaratar del todo al ejército realista. Esas eran las órdenes que recibió Belgrano. Según lo que nos escribía el tío

Joaquín, emprender la marcha no era sencillo por varias razones. Una de ellas era la falta de pertrechos: necesitaban ganado, carretas, uniformes y, sobre todo, caballos, como siempre. El gobierno de Buenos Aires no enviaba suficiente dinero, y el gobernador de Salta ponía excusas.

Manuel, además, se había enfermado de fiebres 122 tercianas y cada tres o cuatro días caía con una temperatura tan alta que toda su firmeza no era suficiente para ponerlo en pie. Uno de esos días le dictó a Joaquín una carta para un comerciante amigo en la que decía algo así como: *Tráigame las muestras de tela para los uniformes que le he pedido. Sepa que a igual precio e igual calidad, usted será el preferido, pero a igual calidad y un centavo menos, le compraré a cualquier otro. No puedo derrochar el dinero que tanto necesita nuestro ejército, nuestra patria.*

Tristán, por el momento, se había retirado, cumpliendo su juramento. Tampoco su primo Goyeneche estaba al mando. El jefe enemigo era ahora el general Pezuela, que recibía armas y refuerzos desde Lima. Mientras tanto, el gobierno de Buenos Aires ponía todo su esfuerzo en el sitio de Montevideo, que no iba ni para atrás ni para adelante,

y en pelear contra Artigas y otros caudillos federales, que ya estaban asomando fuerte.

Recién a mitad del año 1813 Belgrano se puso en marcha y llegó hasta la riquísima ciudad de Potosí, cerca de las famosas minas de plata. La mayor parte de las familias destacadas de la ciudad estaban en contra de la revolución y trataban de socavar el espíritu patriótico del ejército, tentando a los soldados y a los oficiales con esos grandes enemigos de la disciplina: el juego y el alcohol. Hubo muchas deserciones.

Para terminar con estos problemas, que en buena parte eran culpa de la inactividad, a fines de septiembre, Manuel decidió que era hora de actuar, y salió a enfrentar al ejército español. Tenía pocos cañones, de sus tres mil seiscientos hombres, más de mil eran reclutas que nunca en su vida habían peleado, y la caballería montaba unas mulas flacas, muchas sin herraduras. Pero después de Tucumán y Salta, la moral estaba muy alta y todos estaban convencidos de que iban a ganar la batalla. En esa situación (si es que una mujer puede tener opinión en estas cuestiones), para mí, Manuel se confió demasiado y pensó que los realistas nunca iban a salir al ataque. Ese fue uno de sus grandes errores.

Dicen que, a pesar de todo, allí en la Pampa de Vilcapugio, Belgrano podría haber triunfado. Eso nos explicó en su momento Joaquín (porque Manuel ni quería hablar de eso). Y de hecho empezó muy bien, pero después se le dieron todas en contra, demasiadas casualidades juntas. Cayeron casi al mismo tiempo varios oficiales, con lo cual no había quién condujera a las tropas. Después, en un momento decisivo, hubo un toque de retirada que no se sabe quién lo ordenó y que arruinó todo. Además, buena parte de los hombres con los que contaba Belgrano no eran de la zona y no estaban acostumbrados a la altura, enseguida se agotaban y se mareaban.

Así como exigía y respetaba el orden en toda situación, Manuel no fue menos valiente, tranquilo y organizado en la derrota, y gracias a eso logró retirarse salvando lo que quedaba del ejército.

—Soldados —les dijo a los hombres que había logrado reunir—, hemos perdido la batalla después de tanto pelear; la victoria nos ha traicionado pasándose a las filas enemigas. No importa. ¡Aún flamea en nuestras manos la bandera de la patria!

A pesar de que la mayoría de sus oficiales no estaban de acuerdo, porque se encontraban en inferioridad de fuerzas, Manuel decidió no retirarse del Alto Perú, y en noviembre volvió a enfrentar al ejército enemigo. Fue derrotado por completo en esa terrible batalla que por algo se recuerda como "el desastre de Ayohuma".

Las pocas veces que Manuel tenía ganas de acordarse de sus derrotas, mencionaba a los héroes que más admiraba: el tambor de Tacuarí y las Niñas de Ayohuma. Y quisiera hoy, aquí, escribir para mis nietos y para el futuro quiénes fueron esas mujeres que en el combate más triste de nuestro ejército corrían por el campo de batalla ayudando a los heridos, dándoles de beber, reconfortándolos y, cuando hacia falta, tomando los fusiles y disparando contra los realistas como un soldado más.

Nadie se acuerda de nosotras, o, si se acuerdan, solo nos aceptan en nuestro papel de enfermeras, cuidando y curando a los verdaderos soldados. Pero a María Remedios del Valle, la Parda María, como la llamaban en el ejército, el general Manuel Belgrano la nombró capitana. Era una mulata liberta que se había ido con sus hijas detrás del

Ejército del Norte, siguiendo a su marido y a sus hijos varones, lavando ropa y haciendo la comida. La Parda María pronto aprendió a manejar armas y, con su grado de capitana, combatió como un oficial más en el ejército. Me contó el mismo Manuel que María sufrió seis heridas de bala. Perdió en la guerra a su marido y a sus hijos varones. En el desastre de Ayohuma, fueron ella y sus hijas las que daban de beber a los sedientos y peleaban con los sables y los fusiles cuando era necesario. Se dice que los realistas la tomaron prisionera. Me pregunto qué habrá sido de ella.

126

Ana María Shua



Belgrano y San Martín

Después del desastre de Ayohuma, el Ejército del Norte se retiró a Tucumán. Creo que fue en esa época, en esos días tan tristes y tan inciertos, cuando Manuel conoció a una joven tucumana que lo dejó marcado. Dolores Helguero era una muchachita de quince años para entonces, ya en edad de casarse. Bailaron en alguna reunión a la que Manuel no encontró forma de negarse. El general sabía bailar, por supuesto, pero no era el momento... A pesar de la amargura que lo dominaba, yo supongo que mucho se gustaron y mucho se dijeron, pero Manuel tenía otros problemas a los que prestar atención.

Con las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma se había perdido el Alto Perú y estábamos en una situación militar muy difícil. Al menos, gracias a la conducta ejemplar de Manuel, todo el norte de la patria se había convencido de que los revolucionarios no

eran monstruos y tampoco estaban contra la religión católica. El tío Joaquín me contó una anécdota que demuestra hasta qué punto corría esa mentira. Habían preparado una emboscada a un grupo de enemigos. Era de noche y, al acercarse, uno de los nuestros, fingiendo acento español, le preguntó desde lejos a un soldado godo:

128

Ana María Shua

—¿Quién está ahí? ¿Será uno de esos porteños?

—¡No soy porteño! —gritó el hombre, creyendo que hablaba con alguien de su propio ejército—. ¡Soy cristiano!

Al menos esa idea ridícula había quedado desbaratada y, ahora, gracias a la presencia de las fuerzas revolucionarias, también comenzaban a surgir pensamientos de independencia en el Alto Perú y hasta en el mismísimo virreinato del Perú.

El mismo Manuel (eso habla de la clase de persona que era) pidió que se formara un consejo de guerra para juzgarlo por su acción en Vilcapugio y Ayohuma. Pero antes de partir a Buenos Aires, quiso encontrarse con su sucesor, el coronel San Martín. Eran amigos por carta, se habían escrito mucho. Pepe San Martín (que iba dejando de ser Pepe y se convertía en don José) admiraba a ese hombre que

sin conocimientos ni experiencia militar se había lanzado a pelear por la causa que creía justa. Y Manuel estaba convencido de que solo un militar de carrera, y además patriota, como San Martín, podría llevar adelante al ejército de la revolución. Por eso le pidió al Triunvirato que San Martín lo reemplazara en el mando y se puso a sus órdenes, a pesar de que, al menos en teoría, tenía un cargo militar más alto.

Qué lío es nuestra historia, tan corta, apenas diez años, y ya con tantos gobiernos, a veces ni yo, que los viví y los sufri, me acuerdo de todos esos nombres. A todo esto ya no había más Triunvirato. En Buenos Aires el Segundo Triunvirato había sido reemplazado por el Directorio. A principios de 1814 ya teníamos un director supremo.

Manuel Belgrano y José de San Martín se encontraron por primera vez en persona cerca de la posta de Yatasto.

—Es un jefe militar extraordinario. ¡Por fin la patria tiene al hombre que necesita! Tiene experiencia, inteligencia, honestidad, energía... —le comentaba Manuel a Esteban, mi marido, un tiempo después, ya en Buenos Aires.

—¿Tan importante lo ves a San Martín? —le decía Esteban.

—Estoy convencido de que será el gran libertador de la patria.

Por su parte, San Martín también se había quedado impresionado por la cultura, las dotes de observación y el amor por el orden y la disciplina de Manuel. Me contaron que le escribió a su amigo Tomás Godoy Cruz diciéndole que Manuel Belgrano, por su integridad y su talento natural *es lo mejor que tenemos en la América del Sur*.

Lo cierto es que allí, en el encuentro de Yatasto, conversaron sobre la situación internacional y sobre temas del ejército del que se iba a hacer cargo San Martín. También necesitaba informes geográficos sobre la región, que no conocía en absoluto, y le importaba mucho saber cómo era la gente, qué esperaban, qué pensaban, qué estaban dispuestos a hacer para ayudar al ejército libertador.

Cuentan que San Martín organizó reuniones en su casa con todos los oficiales para unificar las voces de mando. Él empezaba, con su vozarrón militar, y todos tenían que repetir la orden para aprenderla. En una de esas, cuando le tocó repetir a

Manuel, con su voz aflautada, el pícaro de Dorrego, uno de los oficiales, que así como era valiente era también un chistoso sin remedio, se tentó de risa y no podía parar. San Martín se enojó tanto que golpeó la mesa con un pesado candelabro y al día siguiente lo mandó a Dorrego a Santiago del Estero.

Un tiempo después San Martín escribió al gobierno pidiendo que Belgrano se quedara con él, porque lo necesitaba como segundo jefe. Pero no hubo nada que hacer, y Manuel tuvo que partir para enfrentar al consejo de guerra. La despedida de la tucumanita, la dulce Dolores, fue muy triste. Manuel se iba enfermo y apenado. Los dos hicieron muchas promesas difíciles de cumplir. Alguna vez comentó Manuel que ocasiones como esa fueron las únicas en su vida en las que dijo algo parecido a una mentira.

Ya en camino hacia Buenos Aires, Manuel le dio a San Martín muchos consejos con respecto a la función de la religión en el ejército, que él consideraba fundamental. Le encareció la importancia de nombrar generala del ejército a la Virgen de las Mercedes y le aconsejó que todos los soldados llevaran escapularios.

El pobre volvía a su casa muy enfermo, para variar: las tercianas, el reuma, los vómitos de sangre y unos dolores terribles de origen desconocido que lo atacaban de vez en cuando. Antes de llegar a la ciudad, pidió permiso para quedarse un tiempo en una quinta de San Isidro, donde su salud se recompuso un poco. Entretanto, el director supremo ordenó que el consejo de guerra lo absolviera de culpa y cargo.

Cuando se sintió un poco mejor, pudo regresar a la casa de la calle de Santo Domingo, donde lo esperaba su familia. Su hermana Juana se había quedado viuda de su primer marido, se había vuelto a casar y tenía varios hijos. Pero estaba preparada para ayudar en todo lo que pudiera a su hermano mayor. Preocupada por lo que Manuel contaba en sus cartas, no veía la hora de cuidarlo y ocuparse de él.

¡Por fin volvíamos a ser vecinos! Empezamos a ver otra vez a Manuel en tertulias y en visitas. Estábamos tan cerca y éramos tan amigos que no necesitábamos ni siquiera anunciarlos.

—Trini, Esteban —nos dijo cierta vez—, ustedes que viven siempre aquí quizás están acostumbrados,

pero a mí me resulta malsano el aire de esta ciudad.

—¿Por la humedad, el mal clima? —le contesté, haciéndome la tonta. Sabía muy bien adónde iba...

—De eso se trata: el mal clima político. Esto es una insensatez, ni siquiera hemos logrado declarar la independencia, ni siquiera conseguimos la unidad, todavía no somos un país reconocido entre las naciones del mundo, y estos inútiles no hacen más que pelearse por el poder!

Manuel estaba harto de las luchas internas entre nuestros políticos. ¡Recién iban a cumplirse cuatro años de la Revolución de Mayo y ya estaban sacándose los ojos! En esos días llegaron buenas noticias de Montevideo, que por fin había caído en manos patriotas. Pero también se supo del saqueo que el ejército había hecho en la ciudad. Si había algo que lo sacaba de quicio a nuestro amigo, era semejante muestra de indisciplina y descontrol.

Mientras tanto San Martín le escribía contándole sobre sus problemas de salud, algo que no podía hablar con cualquiera para no mostrar debilidad. En parte gracias a las conversaciones con Belgrano, había llegado a la conclusión de que no tenía sentido

seguir tratando de llegar a Lima por tierra, atravesando el Alto Perú. Los dos, Manuel y Pepe San Martín (pero ahora convertido en don José), estaban convencidos de que Martín de Güemes iba a ser suficiente para contener a los godos. El rico hacendado salteño sabía muy bien cómo comandar a sus gauchos, hostigando al ejército español para debilitarlo. Y mientras Güemes los detenía en Salta, San Martín seguía organizando sus planes para derrotarlos del todo.

—¡Hoy recibiste carta de San Martín! —le dije un día a Manuel.

—Sí, ¿pero cómo supiste, Trini?

—Es que basta verte la cara. Las cartas de Pepe son de las pocas cosas que te alegran de verdad.

—¿Y, cómo van esos planes para libertar América? —preguntó mi marido, con un puntito de ironía, porque seguía teniendo dudas acerca de ese desconocido que había aparecido en nuestro mundo tan de golpe, no hacía ni dos años.

—No puedo decirles nada, me van a tener que disculpar —le contestó Manuel, con toda seriedad, sin hacerse cargo de la burla.

—¿Ni a nosotros, que somos de tanta confianza?

—Los planes de don José de San Martín —dijo Manuel, recalcando el nombre y apellido— son tan importantes como secretos. Nos haría mucho daño que los realistas los supieran.

En Inglaterra

La situación en Europa había cambiado por completo. Napoleón perdió una batalla importantísima y lo confinaron a la isla de Elba, cerca de la costa de Italia. ¿Y quién creen que volvió a España tan contento como si nada hubiera pasado? ¡Nada menos que nuestro queridísimo Fernando VII! ¡Ahora retomaba su trono en Madrid ese personaje al que habíamos insistido en llamar “nuestro amado y respetado rey”!

Las noticias que llegaban eran horribles. Fernando VII, un gordo ridículo y con mal aliento (por culpa de los cigarros que fumaba sin parar, decían los que habían podido conocerlo en persona), resultó ser un personaje siniestro. Quería el poder absoluto, no estaba dispuesto a aceptar ¡ni siquiera en España! ninguna constitución, es decir, ninguna ley que limitara su derecho a hacer lo

que se le diera la gana con su país y su gente. ¡Miren si iba a aceptar que América fuera libre! Empezaron a llegarnos rumores de que se preparaba una enorme expedición para bajarles la cresta a las revoluciones americanas. Todavía hoy no nos sentimos del todo seguros, pero después de los triunfos de San Martín y de Bolívar, la situación cambió para mejor.

138

Ana María Shua

A fines de 1814, los virreinatos de México y de Perú seguían casi intactos. Nuestra revolución del sur todavía era frágil. Y por eso el director supremo (que cambiaba a cada momento: primero subió Posadas y después Alvear) decidió mandarlos a Manuel Belgrano y a Bernardino Rivadavia a Europa como mensajeros del gobierno. Los dos amigos partieron a comienzos de 1815. Manuel tenía que quedarse en Londres y conseguir el reconocimiento y el apoyo del gobierno de Inglaterra para proteger nuestra libertad. Bernardino tenía una misión todavía más delicada: ir a España, felicitar a Fernando por su regreso y entablar negociaciones con el rey y sus consejeros, haciéndoles creer que aceptábamos la dominación española para demorar la expedición de la que tanto se hablaba y que todos temíamos.

De hecho, nuestro gobierno estaba dispuesto a aceptar hasta cierto punto que perteneciéramos a la corona española, siempre que se respetaran nuestra libertad y nuestros derechos. Una combinación un poco difícil de conseguir...

Estas instrucciones fueron secretísimas en su momento, por supuesto, pero con el tiempo todo se sabe. Entretanto, el dulce y amable Fernando VII se dedicaba a “limpiar” a todos los liberales de España que se habían atrevido a asomar la cabeza, desde políticos hasta periodistas, y ahora su intención era entrar a sangre y fuego en América para volver a ser dueño de nuestros destinos, sin negociar nada de nada. Mientras tanto, aquí todavía no se sabía bien quién era nuestro supuesto rey.

—Me voy a Europa. Me embarco en estos días. Voy con Bernardino —vino a decírnos un día, a principios de 1815, nuestro amigo y vecino.

—¿Adónde te mandan esta vez? —le pregunté.

—Ya se enterarán...

—Harán escala en Brasil, me imagino —comentó Esteban—. ¡Enero en Río de Janeiro! Se van a morir de calor.

—Vamos a sobrevivir —sonrió Manuel.

Pero yo no me pude contener. En esas cosas, con la gente que quiero, pienso como madre.

—¡Y con tu mala salud vas a pasar del calor de Río a congelarte en Europa en pleno invierno! Te podrían haber mandado en una estación más suave...

Como se habrán dado cuenta, Manuel no era un hombre que pensara mucho en su propia comodidad, ni siquiera en su propia salud, a menos que sus males lo obligaran a quedarse quieto.

Primero llegaron a Río de Janeiro, donde tenían que encontrarse con el embajador inglés y el representante de España. Pero recién al llegar a Londres, en mayo de 1815, se enteraron Manuel y Bernardino de que Napoleón había vuelto a Francia, que la gente lo seguía y lo aclamaba, y que estaba reorganizando su ejército. Apenas un mes después, cuando perdió la famosa batalla de Waterloo contra los ingleses, la situación en Europa cambió otra vez y para siempre.

Quizás por eso en Inglaterra no les fue muy bien. Con toda su elegancia, su cultura y su nobleza personal, Belgrano ni siquiera consiguió que el primer ministro lo recibiera. Los enviados perdieron mucho tiempo y dinero en un plan, para mí, un poco loco. Querían secuestrar al infante de

Paula para traerlo como monarca al “Reino Unido del Río de la Plata”.

—¿Es verdad que ustedes pensaron en traerse al hermanito menor de Fernando VII, para que fuera nuestro rey? —le pregunté a Manuel, cuando volvió a Buenos Aires—. Eso se decía, pero yo no lo puedo creer.

—¡Claro que es verdad! Ahora vuelven a mandar los reyes —trató de explicarme Manuel—. El infante no es un bebé, tiene veintitrés años. Si queremos proteger nuestra independencia, hay que acomodarse a la nueva situación.

Manuel se nos había vuelto monárquico y no trataba de disimularlo.

—Pero si siempre fuiste tan republicano, y de los duros, hasta estabas con Moreno!

—Lo del rey de las Provincias Unidas no era ¡y no es! tan mala idea. Mariano Moreno pensaba, como yo, que defender nuestra revolución es lo primero. Como mejor se pueda.

—¿Coronar a un hermano de Fernando VII te parece defender la revolución?

—Según y cómo, Trini. Yo quiero un rey limitado por la ley, es decir, por una constitución. No

uno de esos monarcas absolutos que pueden hacer cualquier cosa que se les ocurra. Aparte del rey, seguiríamos teniendo gobierno propio y elegido por el pueblo, con un primer ministro, como en Inglaterra.

—Esto no es Inglaterra, Manuel. ¿Y por qué lo eligieron al hermanito de Fernando?

—Entre otras cosas, si nos traemos al infante, eso va a hacer que Fernando VII se pelee con su padre, Carlos IV. Pero hay algo que no se pude creer —me decía Manuel, indignado—. Cuando le pedí al intermediario que me entregara los recibos de toda la plata que se había gastado en nuestro plan... ¡me retaron a duelo! Qué vergüenza.

Bien típico de Manuel. Podía comprar alguna idea loca, pero no iba a aceptar que se gastara ni un solo peso del Estado que no estuviera bien justificado.

Con todo, no se puede decir que Manuel no la hubiera pasado bien en Londres. Volvió con la salud muy recuperada, un retrato hecho por un pintor francés que estaba de moda... y con una historia que traería consecuencias. No para él, quizás, pero sí para nosotros, sus amigos. En Londres conoció a una aventurera, una pícara francesa que quizás no era tan bonita como intrigante y seductora:

mademoiselle Pichegru. Inteligente, culta y peligrosa, se hacía pasar por la hija de un famoso general. Se vieron durante unos cuantos meses, hasta que ella decidió volver a Francia.



Si la cosa hubiera terminado ahí, ni nos enterábamos, Manuel era más que discreto con sus historias de damas. Pero un par de años después... ¡se nos aparece la Pichegru en Buenos Aires, preguntando por su amigo! Qué personaje, señor. Hay que ver lo cortas que llevaba las polleras, se le veía todo el tobillo. ¡Y esa ropa ajustada, que le marcaba las caderas! Se entretenía tirándoles con escopeta a las palomas de la catedral. Por suerte para él, Manuel estaba en Tucuman, y nunca se vieron. En 1819, después de lios y escándalos de todo tipo, la Pichegru se fue a Montevideo, para pena de algunos y alivio de otros. Tengo que confesar que yo la encontraba muy loca pero muy divertida, aunque, por supuesto, jamás la hubiera invitado a mi casa.

En el Congreso de Tucumán

Cuando llegó Manuel de vuelta a casa, ya saben lo que pasó: ¡otra vez había cambiado el gobierno! Ahora el director supremo no era Alvear, sino Ignacio Álvarez Thomas. Ignacio no solo compartía las ideas políticas de Belgrano, sino que se había casado con su sobrina, la hija de su hermana Juanita. Por eso Manuel siempre lo llamaba, un poco en serio y un poco en broma, mi querido amigo y sobrino.

¡Por fin ondeaba en el Fuerte de Buenos Aires la bandera de la patria, la bandera soñada, creada y jurada por Manuel!

Por fin pasaban muchas cosas, aunque algunas, un poco tarde. Por fin estaban haciendo ciertos esfuerzos los porteños por dejar de ser tan mandones y querer manejar todo desde Buenos Aires. Por fin se aceptaba que los gobernadores de las provincias pudieran ser elegidos en las mismas provincias, y no

por el gobierno central de turno. Por fin se convocó a un Congreso General Constituyente, que era el camino para declararnos independientes de verdad y con todas las letras.

El Congreso se haría en Tucumán, y había esperanzas de que esta vez enviaran representantes las provincias rebeldes del litoral, junto con la Banda Oriental, donde mandaba el caudillo José Artigas, que había peleado con gran valor por la independencia de su tierra, según me contó Manuel.

Y ahora esos infelices *pesetones* seguían amenazándonos desde el Alto Perú (Manuel les decía “la canalla realista”). Se suponía que el Ejército del Norte, que estaba allí, podría defender al Congreso, pero... ¿saben en qué estado se encontraba ese pobre ejército? Al mando de Rondeau, había sido vencido en el desastre de Sipe-Sipe.

En Buenos Aires estábamos todos muy emocionados con el Congreso, que debía tratar la independencia y nuestra forma de gobierno. Todo el mundo discutía, los periodistas se atacaban unos a otros, los cafés estaban llenos y las tertulias en las casas se habían transformado en lugares de agitación política. Manuel había vuelto muy cambiado de su

viaje a Inglaterra: en sus gustos, en sus modales, en su ropa... Sin lujos, porque no iba con él, pero tal vez demasiado europeo para nuestro estilo criollo. A Manuel le hubiera gustado participar en las discusiones y la confrontación de argumentos, pero el director supremo, su sobrino Álvarez Thomas, tenía otro trabajo para encargarle.

Con nuestro amigo pasaba siempre lo mismo: el gobierno de turno lo usaba de comodín. Si necesitaban a un diplomático, ¿qué otro hombre patriota, inteligente, instruido era capaz, además, de hablar inglés, italiano y francés como Manuel Belgrano? Si necesitaban a un militar, ¿qué otro era tan valiente, tan disciplinado y estaba tan dispuesto a obedecer al gobierno central, fuera el que fuera?

Esta vez, el encargo para Manuel Belgrano como general fue uno de los que más odiaba: lo mandaron a Santa Fe a poner orden. Si había algo que Manuel no quería era participar en la guerra civil, tener que disparar contra sus compatriotas. Santa Fe se había librado del gobernador elegido por Buenos Aires y ahora intentaba formar parte de la alianza de las provincias del Litoral, bajo la influencia de Artigas. Belgrano, dispuesto a obedecer

al gobierno centralista porteño por más que no le gustara, salió de Buenos Aires con el pomposo título de general en jefe del Ejército de Observación de Mar y Tierra. Su segundo era un oficial de toda confianza, Eustoquio Díaz Vélez, que había sido su jefe de Estado Mayor en las batallas de Tucumán, Salta, Vilcapugio y Ayohuma.

148

Ana María Shua

—En cuanto llegué y escuché un poco a los santafecinos, me di cuenta de que tenían sus buenas razones —me contó después Manuel—. Le escribí a mi sobrino aconsejándole que trataran de ponerse de acuerdo. Con ellos y con los cordobeses. ¿Cómo íbamos a gastar balas para matarnos entre patriotas? ¡No nos sobran ninguna de las dos cosas!

Entretanto, Manuel lo despachó a Díaz Vélez para pedir la rendición de los santafesinos. ¿Y qué creen que hizo el muy traidor? ¡Decidió arreglar las cosas por su cuenta y se sublevó! No se puede creer: hizo arrestar al general Manuel Belgrano y lo mandó así, preso, a la cárcel de Luján, donde Manuel, que no desaprovechaba ni un segundo, en vez de dedicarse a lamentarse, se dedicó a escribir: allí empezó su autobiografía.

Por supuesto, su prisión duró muy poco. Para variar, ¡cayó el gobierno! Ahora el nuevo director supremo (como ven, mis queridos nietos, no tan supremo, ya que a cada rato lo derrocaban) era Juan Martín de Pueyrredón, que estaba en Tucumán, como representante de Buenos Aires en el Congreso.

Pueyrredón quería que Belgrano se hiciera cargo del Ejército del Norte, que a esa altura no era más que un grupo desmoralizado y disperso. Con San Martín en Cuyo, preparando el Ejército de los Andes, había un solo hombre capaz de reorganizarlos, y ese era Manuel.

De todas partes, aun del mismo ejército, lo aclaman por general, como único capaz de establecer el orden y la disciplina militar enteramente perdida.

Así decía la carta que me mostró Manuel; a pesar de que habían sido enemigos políticos, Pueyrredón sabía que en un caso como ese podía confiar en él.

Pero antes que nada, lo que todos querían y esperaban de Belgrano en Tucumán era que participara en las sesiones del Congreso para contarles a los congresales sus impresiones sobre la política europea,

que era tan importante para tomar decisiones. Con respecto a la independencia y también a la forma del gobierno.

El 6 de julio de 1816 se presentó en el Congreso de Tucumán. Estaban reunidos los representantes de casi todo el país (las provincias del Litoral no habían querido mandar diputados). Belgrano les habló primero de la situación general en Europa, de cómo las ideas republicanas habían sido aplastadas y cómo los países más importantes y más prósperos se inclinaban por la monarquía constitucional. Y a continuación, salió con su ideita rara. Proponía para el país una monarquía “temperada” y que el rey fuera... ¡nada menos que un inca! Quería traer del Perú a un descendiente de los incas y coronarlo como soberano de las Provincias Unidas, ¿quieren creer algo así? Él me había explicado en casa que eso podría servir para promover la rebelión contra España de los habitantes del Alto Perú y del Perú mismo, indios en su gran mayoría. San Martín estaba de acuerdo en que necesitábamos una monarquía y lo decía clarito en las cartas a sus amigos, pero él pensaba en traer a un rey europeo. Quizás lo del infante de Paula no había sido tan

loco como a mí me parecía... Lo cierto es que la idea de Manuel no obtuvo suficiente apoyo de los demás congresales.

El 9 de julio de 1816 el Congreso de Tucumán nos declaró por fin una nación libre e independiente. Y allí estuvo mi querido amigo Manuel, tan conmovido como todos, con un puño en la garganta y a punto de soltar esas lágrimas de emoción que jamás se le escapaban por sus propios dolores. Unos días después el Congreso declaró, además, que la bandera azul y blanca de Belgrano sería el símbolo oficial de las Provincias de la Unión.

¡Con qué alegría se festejó esa noche en la ciudad! El pueblo bailaba en las calles, las familias importantes bailaban en sus casas y las principales estaban todas invitadas a la gran fiesta que se organizó en el mismísimo salón de la Casa de Tucumán. Allí estaba la familia Helguero. Y es posible que allí se haya reencontrado Manuel Belgrano, un general de cuarenta y seis años que se sentía viejo y achacoso, con Dolores Helguero, la bella tucumanita que ahora era una hermosa mujer de dieciocho años. Bastó darse la mano para un paso de gavota (se bailaba "la condición", que se había puesto tan de moda) para

que volvieran a saltar entre ellos las mismas chispas locas que se habían producido cuando se conocieron por primera vez.

Dolores se había casado con un oficial realista prisionero, natural de Cinti, provincia del Alto Perú. Este oficial, que según decían era un vago y mal entretenido, en cuanto vio la posibilidad se escapó al Perú, abandonando a su señora, de quien tampoco tuvo hijos.

¡Otra vez se encontraba Manuel en la misma extraña situación! Estaba enamorado de una mujer que no era ni soltera, ni casada, ni viuda...



Otra vez con el Ejército del Norte

Por orden de Pueyrredón, el director supremo, Belgrano volvía a estar al mando del Ejército del Norte, pero... ¡con qué se encontró! Eso no era un ejército ni era nada. Joaquín, mi hijo, que había seguido en su puesto con Rondeau y hasta había participado en el desastre de Sipe-Sipe, en cada carta que mandaba no podía evitar la comparación de lo que había sido el ejército con Belgrano y en qué se transformó después. Mi pobre hijo salió bastante malherido de la batalla, nos tuvo mucho tiempo con el corazón en la boca, y la pierna nunca le quedó bien del todo, por eso ustedes lo ven al tío Joaquín todavía rengueando.

Parece que Rondeau era muy buena persona pero no sabía mandar, y, por lo que me contaron, nadie le hacía caso. En cuantito se supo que llegaba el general Belgrano a pasar revista y hacerse cargo,

¡zafarrancho general! A esconder las barajas, las botellas y los dados. Y las mujeres que no tenían nada que hacer allí salieron disparando. Así era la moral y la disciplina que Manuel había impuesto y todos lo respetaban por la firmeza con que imponía sus principios. Y por la forma en que los cumplía él mismo.

156

Ana María Shua

Belgrano tenía la esperanza de que el ejército fuera enviado otra vez a luchar contra los realistas, para acompañar el plan de San Martín. Pero también sabía que la plata del Estado iba para el Ejército de los Andes, y así debía ser. Mientras tanto, su amigo Güemes y sus gauchos defendían la frontera norte. Con muy pocos recursos, a Manuel le exigieron quedarse allí a la espera de nuevas órdenes. Eran unos dos mil quinientos hombres y solamente doce cañones. Tenía que empezar por encontrarles un lugar digno donde vivir, darles de comer, conseguir caballos, armas, uniformes.

El ejército se instaló en La Ciudadela, un grupo de construcciones que San Martín había comenzado y después dejó sin terminar cuando se fue a Cuyo. Belgrano puso a los hombres a trabajar para terminar de construir los cuarteles: lo primero era

tener un techo. Después repartió tierras, mandó que cada uno de los escuadrones sembrara maíz, zapallos y sandías, y distribuyó ganado para que tuvieran qué comer. Como siempre, lo más difícil, casi imposible, era conseguir buenos caballos y mulas.

Algunos oficiales lo criticaban por su severidad, porque si los encontraba en falta, no dudaba en hacerlos meter en el calabozo como si fueran un soldado cualquiera. Pero la mayoría lo respetaba y lo admiraba justamente por eso. El general exigía lo máximo de sí mismo y también de los demás. Por ejemplo: la orden era que todos los oficiales tenían que estar en el cuartel a la noche a partir de cierta hora. Manuel, que dormía poco y mal, tres o cuatro horas como máximo, se pasaba buena parte de la noche patrullando la ciudad y si encontraba a un oficial donde no debía estar, se lo traía de una oreja.

El general dormía en el cuartel, en una casa que se había mandado construir. Era una casita de techo de paja, de una sola habitación, con dos bancos de madera, una mesa ordinaria, un catre angosto de campaña con un colchón delgado.

Entretanto, el tiempo pasaba y el ejército seguía allí, instalado, sin nada que hacer. Eso era un gran

problema, porque los hombres estaban inquietos y era muy difícil mantener la disciplina.

Para entender un poco lo que sigue de la historia de Manuel, hay que recordar que esta situación que estamos viviendo hoy, sin un gobierno central, ya había empezado hacia más de tres años. Estábamos entrando al año 17 y el país seguía dividido.

158

Muchas provincias querían separarse de una Unión que no respetaba sus decisiones, y no querían obedecer todas las órdenes que venían desde Buenos Aires. Otros pensaban (Belgrano entre ellos) que si se aceptaba la autonomía de las provincias, se iba a terminar la Unión, y así caeríamos en la anarquía. En sus cartas Manuel siempre hablaba de los “anárquicos”, con los que estaba tan en desacuerdo, entre otras cosas porque los acusaba de hacerles el juego a los realistas en un momento en que la unión era tan importante.

Yo no voy a decir quién tiene razón y quién no. Como ustedes saben bien, mis queridos nietos, nuestra propia familia está dividida. No todos mis hijos piensan igual y bastante se pelean entre ellos como para que yo tome partido. Veremos qué nos trae el futuro y ojalá sea la paz. Aunque no

todos estén de acuerdo, al menos que no se maten por decidir quién manda.

Lo cierto es que a fines de 1816 se sublevó Córdoba y, aunque el director supremo consiguió controlar la situación, a principios del 17, se levantó también Santiago del Estero y allí tuvo que intervenir Manuel. Como no podía ir en persona, mandó a uno de sus oficiales de más confianza a reprimir la sublevación y dio la orden de que se fusilara al cabecilla. A Manuel le repugnaba combatir contra sus propios hermanos, pero estaba muy seguro de que solo controlando a los "anarquistas" (que ya habían separado a la Banda Oriental), iba a poder defenderse la libertad de estas Provincias que, a toda costa, debían mantenerse para siempre Unidas.

Lo que sigue es la parte más triste de la historia porque, a pesar de sus impulsos a favor de la libertad, era poco lo que podía hacer Manuel contra los realistas del Alto Perú con ese resto de ejército que habían puesto bajo su mando. Apenas si logró alguna vez enviarle ayuda a su querido amigo Güemes, que seguía luchando a brazo partido en la frontera y tenía a su favor a toda la valiente y patriota provincia de Salta. El ejército realista trataba de ganar

terreno a cualquier costo, con la idea de que, avanzando desde el Norte, iban a poder llegar a tomar la mismísima Buenos Aires. Y los corajudos gauchos de Güemes, con sus capitanes y sus capitanas (porque hay que ver cómo peleaban esas mujeres), los dividían, los emboscaban, les cortaban la retirada, los dejaban sin víveres... En fin, cada vez que avanzaban, les hacían las mil y una, de manera tal que al final no les quedaba más remedio que retroceder y volverse al Alto Perú.

Nuestro director supremo, Juan Martín de Pueyrredón, no acertaba ni una. Se le habían sublevado todas las provincias del litoral y lo único que se le ocurría era la guerra, la desgraciada guerra interna, la malvada guerra civil que hacía correr sangre de hermanos. Por supuesto, llamó en su ayuda a San Martín, que no le hizo ningún caso. Un militar de carrera, disciplinado como él, sin embargo, en esa situación no tuvo dudas. El general don José de San Martín (a quien ya nadie le decía Pepe) estaba allí para luchar por la libertad de América, y no para matar a hombres valientes de su propio bando. Desobedeció, y siguió preparándose para cruzar los Andes.

El año 18 fue muy triste. Aunque sean chicos, ustedes tienen que acordarse, fue apenas hace un par de años que vimos a nuestros amigos, conocidos y hermanos peleándose entre ellos. Los caudillos del litoral contra las fuerzas del Directorio, y Belgrano con su ejército de aquí para allá, tratando de acercarse para cumplir órdenes, pero participando lo menos posible. Estaba otra vez muy enfermo. Quién sabe si no fue ese horror de la guerra civil en la que lo metieron el que hizo que su enfermedad se agravara.

Manuel pensaba que solo triunfando sobre la anarquía en el Sur se podían asegurar las fronteras de la patria en el Norte. Pero, por lo que contaba en las cartas a su familia, que Juanita solía comentar conmigo, estaba tratando de convencer a Pueyrredón de que esa guerra loca no tenía sentido y, sobre todo, no tenía fin. Era necesario llegar a un acuerdo, era absurdo seguir matándose de ese modo mientras España preparaba la expedición para destruir la revolución del sur.

Entretanto, seguía su relación con Dolores, a quien solo podía ver cuando estaba en Tucumán.

El general Belgrano la amó tiernamente, me aseguró uno de sus oficiales, el Coronel Paz, en

una carta que me escribió hace poco, después de la muerte de Manuel. *Quería casarse con ella, pero era imposible mientras su marido estuviera vivo. Mandaba chasqui tras chasqui al Alto Perú, tratando de descubrir lo que había pasado con el hombre, pero nunca pudo averiguar si había dejado de existir o no.*

Quizás otro menos honesto con respecto a su fe lo habría dado por muerto y se hubiera casado de todos modos, pero Manuel era un católico convencido y pensaba que convertir a su amada en esposa de dos hombres era mucho peor que vivir en pecado.

El final

La guerra civil seguía adelante y Manuel estaba siempre a las órdenes del poder central. Fue grande su alivio cuando López, el gobernador de Santa Fe, aceptó firmar un acuerdo que le evitaba tener que pelear contra sus compatriotas.

Pero la enfermedad que lo acosaba no sabía de treguas ni de pactos. En abril de 1819, Juanita recibió una carta que la afligió muchísimo. Manuel le contaba que tenía afectado un pulmón y que sufría dolores tan fuertes en la pierna derecha que lo tenían que ayudar a desmontar.

—¿Te imaginás? —me decía Juanita—. ¿Te das cuenta de lo que debe estar sufriendo para permitir que lo ayuden a bajar del caballo? ¡El general Manuel Belgrano!

Y aunque no lo decíamos, las dos nos acordábamos de ese chiquito que, montado en su caballito

de palo, dirigía a sus tropas infantiles contra el ejército del “enemigo”.

Apenas un mes después de esa carta (aunque nosotras nos enteramos mucho más tarde), nació Manuela Mónica del Corazón de Jesús, la hijita de Manuel y Dolores. Y si nos enteramos fue porque poco antes de morir, Manuel le pidió a su hermano Domingo y también a Juana que se ocuparan de la chiquita.

—La nombró heredera de lo poco que tiene —me contó Juana—. Los sueldos atrasados que le debe el Estado y quién sabe si algún día le pagarán. Y un terrenito en Tucumán.

—¿Por qué les pidió que se ocupen ustedes de la nena? —le pregunté—. ¿Qué pasó con la mamá?

—Parece que los padres la quieren casar a la fuerza.

Y así fue. Después de la muerte de Manuel, el nuevo marido se llevó a Dolores a Catamarca, para escapar de las habladurías. A la niña la están criando los abuelos maternos. Pero los hermanos de Manuel están decididos a traérsela a Buenos Aires en cuanto puedan, y darle el apellido que debe llevar.

En septiembre de 1819 Manuel había logrado volver a Tucumán para descansar, con la esperanza de curarse y salir otra vez a pelear por la libertad, porque así era él. Su gran alegría era la pequeña Manuela Mónica, a quien su mamá llevaba siempre a ver a su padre, que la llamaba "mi palomita".

Poco después, en Tucumán, hubo un movimiento que derrocó al gobernador, y a Belgrano, enfermo como estaba, ¡volvieron a meterlo preso! Hasta quisieron ponerle una barra de grillos, esas cadenas horribles que se ajustan a los tobillos de los prisioneros. Tuvo que intervenir el doctor Redhead, que ya estaba siempre cerca cuidándolo, para hacerles ver lo hinchadas que tenía las piernas. No le pusieron los grillos, pero igual lo mantuvieron detenido en su casa, con centinela a la vista, ¡como si hubiera podido escapar en ese estado! Apenas subió el nuevo gobernador, lo liberó y le pidió disculpas. Manuel se daba cuenta de que sus males se agravaban y quiso volver a su casa, con su familia, a Buenos Aires.

Mientras estoy escribiendo estas memorias, el tiempo, que nunca se detiene, sigue pasando. Ya estamos en 1821. El viaje desde Tucumán fue el año pasado, el mismo año de su muerte, y no quiero

pensar lo que habrá sufrido. Por el camino, largo y pesado, se iba enterando de la situación política del país, que no era como para alegrarse. La guerra civil seguía y crecía. El corazón de Manuel, que no funcionaba bien, no dejaba de recibir noticias que lo apenaban más y más.

166

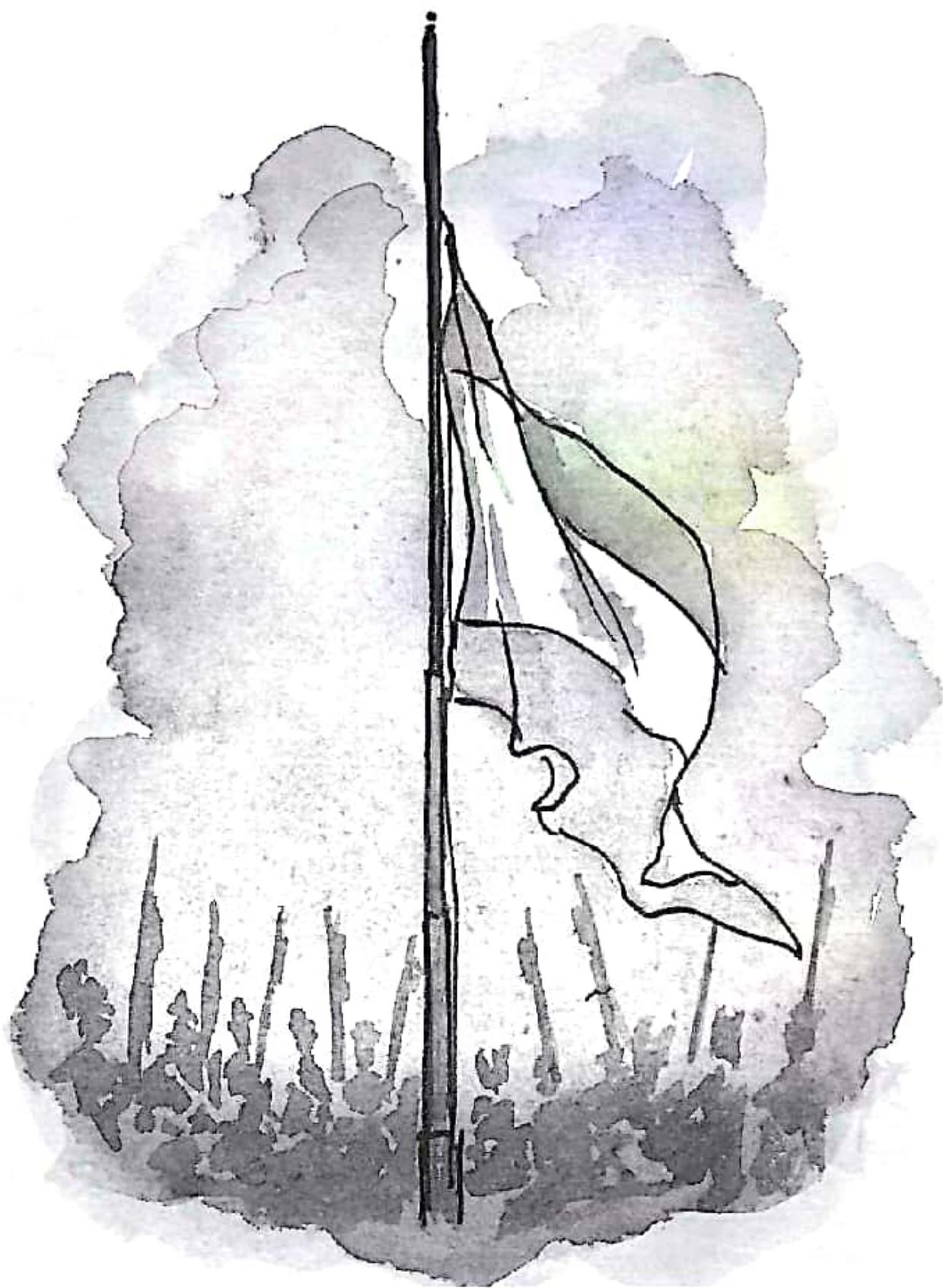
El director supremo había cambiado de Pueyrredón a Rondeau, y cuando cayó Rondeau ya no tuvimos Directorio. Ahora no había gobierno central, la situación que Manuel tanto había temido. En cuanto llegó a la ciudad, empezó a escribirle al gobernador de Buenos Aires pidiéndole algo tan elemental como que le pagara los sueldos atrasados. Su situación económica era desesperante y no era hombre de permitir así nomás que lo ayudaran sus amigos. ¡Si hasta al doctor Redhead se las arregló para pagarle con su reloj!

Esta vez Manuel tenía claro que para él no había esperanzas. Le costaba respirar y el corazón le latía más rápido de lo normal. Si siempre había sufrido insomnio, ahora no había ni una noche que pudiera dormir entera. Estaba irreconocible de tan hinchado. Festejó el 25 de mayo dictando su testamento. Ni escribir podía. Le encargó a su hermano

Domingo que apenas el Estado le pagara lo que le debía, usara ese dinero para terminar con sus deudas. Lo que quedara sería para su hijita Manuela.

El 20 de junio de 1820, a las 7 de la mañana, murió mi querido amigo Manuel. La familia estaba tan pobre que para hacerle una lápida en el cementerio Juanita tuvo que usar el mármol de su cómoda. Y nadie, nadie en esta bendita ciudad preguntó por él, nadie se acordó del general Belgrano, que tanto había hecho por nuestra libertad.

Pero mientras yo escribía estos recuerdos para ustedes, mis queridos nietos, y para quien quiera leerlos en el futuro, el tiempo nos ha traído algo bueno, un poco de dignidad. Lo que me parecía imposible ¡era imposible! Ustedes mismos han vivido la restauración de la justicia. ¿Cómo la patria podría olvidar a un hombre como Manuel Belgrano? Ahora, en 1821, al cumplirse un año de su muerte, se le rindieron por fin los honores fúnebres que merecía. Participó el Ejército y los cañones dispararon salvas en su honor. Como si fuera un verdadero entierro, llevaron a la Catedral un féretro vacío para una misa. Allí fuimos todos, y también ustedes, al menos los mayores, con sus padres. Mientras



retumbaban los cañones, tocaron los tambores el redoble de luto. Una muchedumbre llenaba las calles y allí estábamos nosotros, nuestra familia, compartiendo con todos los habitantes de la ciudad la emoción, el respeto y el cariño que sentíamos por nuestro queridísimo vecino y amigo. Quizás lo más conmovedor para mí fue ver la bandera azul y blanca, la bandera de Manuel, ondeando a media asta en el Fuerte de Buenos Aires.

Pero entonces comprendí que quizás me había adelantado a escribir estas memorias. Hombres con más conocimientos y mejor pluma que la mía escribirán sin duda sobre la vida de Manuel Belgrano, que fue parte de la vida de este país, de esta pobre nación que tanto amó y que todavía no sabemos si va a ser nación o qué. Me siento casi avergonzada de haber borroneado estas cuartillas y he decidido guardarlas en el baúl de los recuerdos. Quizás alguno de ustedes, mis queridos nietos, las encuentre algún día y decida leérselas a sus hijos.

Aquí va mi corazón.

Poco a poco, a medida que su amiga le mandaba las fotos de cada página, Magalí había ido leyendo el relato de doña Trinidad. Y, al mismo tiempo, avanzaba la remodelación de la casa, que estaba casi terminada y había quedado lindísima.

La joven arquitecta leyó la última frase con lágrimas en los ojos. ¡Nunca pensó que una historia tan antigua la iba a entristecer tanto! Pero ahora estaba llena de preguntas que tenía ganas de hacerle a su amiga Clara. Porque lo que contaba Trini llegaba hasta 1821 pero... ¿qué pasó después? Un tiempo después, se encontraron para tomar un café.

—Clara, contame, vos que sabés todo, ¿cumplieron los Rosas con su palabra y le dieron su apellido al hijo de Belgrano?

—Sí, por supuesto. El coronel Pedro Rosas y Belgrano llevó con mucho orgullo el apellido de su padre.

—¿Se conocieron los hermanos?

—Claro que sí, eso está probado. La familia de Belgrano se llevó a Manuelita a vivir con ellos cuando tenía seis años. Con el tiempo se conocieron y, además de hermanos, fueron amigos. Pedro estuvo condenado a muerte durante la guerra civil, y se salvó gracias a que su hermana Manuela rogó por su vida.

—¿Dónde están las cuatro escuelas que se fundaron con los cuarenta mil pesos fuertes que le iban a pagar a Belgrano por haber ganado la batalla de Salta? ¿Se pueden visitar?

—¡Ah, esa es una historia tristísima! En realidad, nunca llegaron a existir. El Estado se quedó con la plata pero no creó las escuelas... En el 2004, ciento noventa y un años después de la donación, se inauguraron las escuelas de Jujuy y Tucumán. De las otras, ni noticia.

—¿Y se sabe qué fue de las Niñas de Ayohuma?

—De todas, no. Pero hay mucha información sobre María Remedios del Valle, la Parda María. Otra historia triste. Muchos años después el general Viamonte, que había sido un oficial de Belgrano, la reconoció pidiendo limosna en las calles de Buenos

Aires. “¡Es ella, es la capitana, la madre de la patria!”, gritó, emocionado. Resulta que los realistas la habían tomado prisionera en Ayohuma y la condenaron a la pena de azotes públicos durante varios días. La podrían haber matado a golpes. ¡Pero ella consiguió escapar! Después de larguísimas discusiones en la Legislatura de la ciudad, le dieron una minúscula pensión que casi no alcanzaba para sobrevivir. Un par de años después Rosas decidió que se le pagara una jubilación de sargento mayor.

—Y decime, ¿por qué habla siempre de la bandera azul y blanca? Y no celeste.

—Bueno, parece que los últimos estudios demosttraron que la bandera que enarboló Belgrano en Rosario era azul y blanca, nomás. Aunque después la que se llevó San Martín cuando cruzó los Andes ya era celeste. Pero se ve que para Trini quedó azul...

—¿De verdad Pío Tristán no volvió a pelear contra nosotros, como le juró a Belgrano después de la batalla de Salta?

—De verdad verdadera. Unos años después Tristán peleó contra Bolívar, pero nunca volvió a actuar en la guerra contra las Provincias Unidas. El juramento ante Dios era una cosa muy seria en ese tiempo. Para

volver a la guerra, los oficiales y soldados tuvieron que ser absueltos por un obispo. ¡La excusa fue que habían jurado ante herejes!

—Y decime, ¿se sabe qué eran esas “fiebres tercianas” que Belgrano se pescó en el Norte?

—Era paludismo, Magalí. Mucho estero, muchos mosquitos...

174 —¿Qué van a hacer en el Archivo con esta historia que encontramos?

—El material va a estar a disposición de quien lo necesite, aquí, en el Archivo General de la Nación. No podemos dejar que cualquiera ponga las manos sobre esos papeles, ni siquiera con la protección que tienen ahora, solo los especialistas. Por eso los digitalizamos, para que los pueda leer cualquiera sin necesidad de tocar el original.

—A mí me fascinó lo que cuenta esa mujer, pero quizás porque no conocía mucho de la historia de Belgrano... Pero a vos, que te dedicás a eso, ¿te interesó también?

—¡Es un material increíble, maravilloso! ¡No te imaginás lo que significa para nosotros, los historiadores! Si esto hubiera caído en otras manos... ¡Gracias, querida Magalí! Gracias por hacerle este

regalo a la nación. Hiciste exactamente lo que hubiera hecho Manuel Belgrano en tu lugar...

Y Clara le dio a su amiga un enorme abrazo agradecido.

175

El hombre que no podía mentir



Ana María Shua

Autora

Nació en Buenos Aires en 1951. A los dieciséis años publicó sus primeros poemas reunidos en *El sol y yo*. En 1980 ganó con su novela *Soy Paciente* el premio de la editorial Losada. Otras novelas son *Los amores de Laurita* (llevada al cine), *El libro de los recuerdos* (Beca Guggenheim) y *La muerte como efecto secundario* (Premio Club de los XIII y Premio Ciudad de Buenos Aires en novela). Su última novela es *Hija*.

Cinco de sus libros abordan el microrrelato, un género en el que ha obtenido el máximo reconocimiento internacional: *La sueñera*, *Casa de Geishas*, *Botánica del Caos*, *Temporada de Fantasmas* (reunidos en el volumen *Cazadores de Letras*) y *Fenómenos de circo. Todos los universos posibles* reúne su obra hasta la fecha. En 2016 recibió en México el Premio Internacional Arreola de Minificción.

177

El hombre que no podía mentir

También ha escrito varios libros de cuentos. Con *Miedo en el sur* obtuvo el Premio Ciudad de Buenos Aires. *Que tengas una vida interesante* reúne sus cuentos completos hasta 2011. Su último libro en el género es *Contra el tiempo*, publicado en Madrid. En 2014 recibió el premio Konex de Platino y el Premio Nacional de Literatura.

178

Sus libros para chicos, que obtuvieron premios nacionales e internacionales, se leen en toda América Latina y en España. En Loqueleo publicó: *Dioses y héroes de la mitología griega*, *Las cosas que odio y otras exageraciones*, *Cuentos con magia*, *Diario de un viaje imposible*, *Diario de un amor a destiempo*, *Una y mil noches de Sherezada*, *El Hombre de Fuego*, *Emanuel y Margarita. Un viaje inesperado*, *Las cosas que quiero* y *Guerra de serpientes*.

Su obra ha sido traducida a catorce idiomas.

Índice

<i>Así empezó todo</i>	5
Sobre la vida del general don Manuel Belgrano, el hombre que no podía mentir	11
I Nuestros vecinos, los Belgrano	15
II El doctor Buñuelos	25
III Manuel y sus ideas diferentes	33
IV ¡Ingleses!	41
V Esos años locos	49
VI La Revolución de Mayo	57
VII Vocal de la Junta de Gobierno	65
VIII Expedición al Paraguay	71
IX Injustamente acusado y también...	83
X ¡Por fin tenemos bandera!	93
XI El éxodo jujeño	103
XII Su hora más gloriosa	111

XIII	Su hora más difícil	121
XIV	Belgrano y San Martín	127
XV	En Inglaterra	137
XVI	En el Congreso de Tucumán	145
XVII	Otra vez con el Ejército del Norte	155
XVIII	El final	163
 <i>Clara y Magalí</i>		 171
 Biografía de la autora		 177

Aquí termina este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí termina este libro que has leído,
el libro que ya sos.

+12

El hombre que no podía mentir

NOVELA HISTÓRICA

Ana María Shua

Ilustraciones de **Rodrigo Luján**



Una curiosa arquitecta, que se dispone a restaurar una antigua casona, descubre en un baúl una biografía de Manuel Belgrano, escrita por una amiga y vecina de la familia: Doña Trinidad. El documento repasa la vida política y militar, y nos devela las intensas vivencias de Manuel Belgrano.

Una novela que homenajea a las escritoras anónimas del siglo xix, al tiempo que revela facetas desconocidas del creador de nuestra bandera.

www.loqueleo.com

loqueleo

